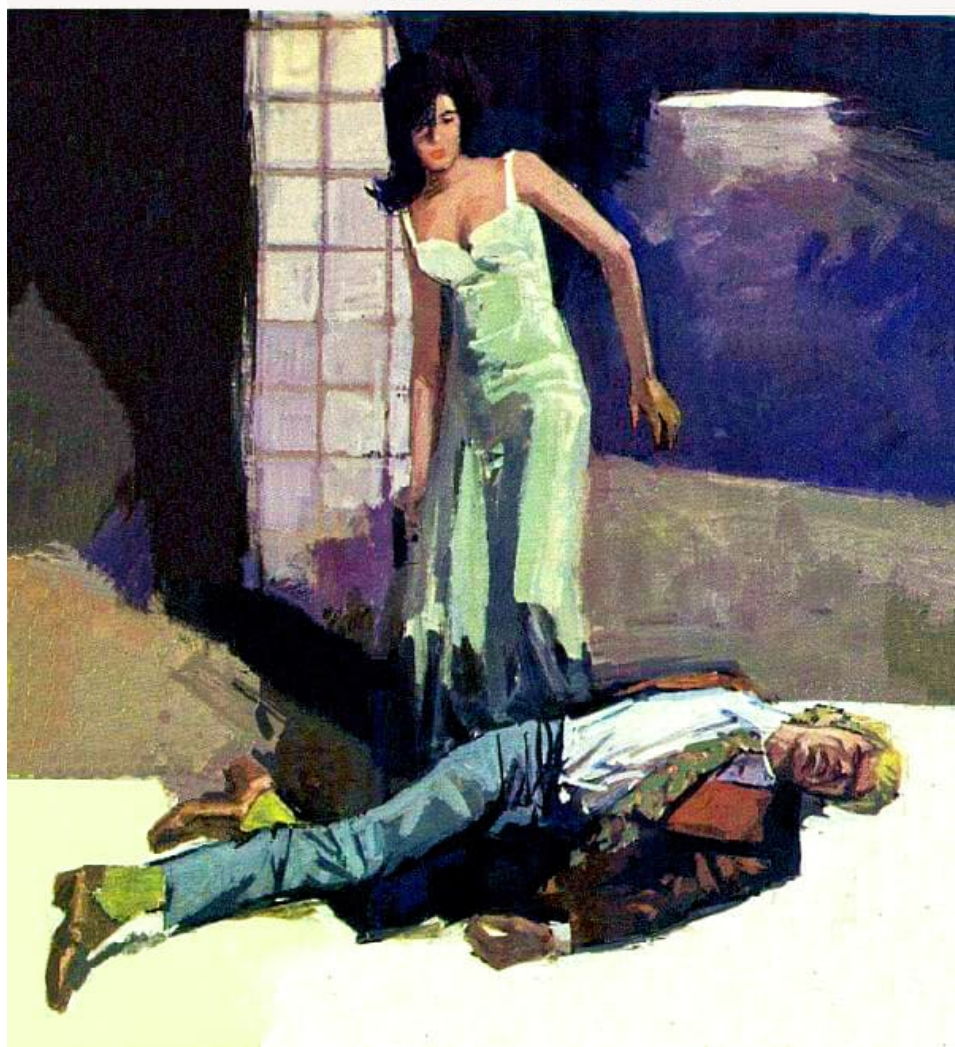




muy alto, muy rubio, muy muerto

KEITH LUGER



La novela ofrece la llegada a su casa de un ilustre cirujano, para encontrarse en su dormitorio el cadáver de un donjuán, antiguo prometido de su mujer, y que seguía revoloteando alrededor de ella. A partir de ahí se suceden un sinfín de equívocos, con más muertos de por medio, asuntos de espionaje, y un policía aficionado al *whisky*.

También publicado por editorial Bruguera en la colección Punto Rojo con el número 71, en el año 1963.

Adaptación teatral: Muy alto, muy rubio, muy muerto: Comedia en dos actos, el primero dividido en dos cuadros; original de Keith Luger y Gil Albors. Madrid: Alfil, 1965. Colección: Teatro; n.º 459.



Keith Luger

Muy alto, muy rubio, muy muerto

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1267

ePub r1.1

Lds 18.06.18

Título original: *Muy alto, muy rubio, muy muerto*

Keith Luger, 1963

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Andy

O'Connor

se sentía el hombre más feliz del mundo mientras conducía su automóvil en la noche, a una velocidad de setenta millas por hora.

Quería llegar pronto a su hogar.

Había pensado muchas veces en aquel momento, cuando abriese la puerta y gritase:

—«¡Claudia!... ¡Ya estoy aquí!...».

Claudia, su mujer, aparecería corriendo, sonriente, brillándole los ojos de alegría por tenerlo otra vez con ella. Los dos se abrazarían, y, naturalmente, no faltaría el prolongado beso. El primero en diez largos días.

Olfateó el aire como si tratase de percibir desde aquella distancia, a treinta millas todavía de su casa, el perfume de Claudia.

Todo había salido bien. Su trabajo presentado y leído en el congreso de Neurocirugía había causado verdadera sensación.

El doctor French, del St. Marie Hospital de Montreal, le había ofrecido un contrato y el doctor French era el más eminente especialista del continente, uno de los dos o tres neurocirujanos más famosos del planeta.

El congreso no se clausuraba hasta dos días más tarde, pero O'Connor

había decidido librarse del banquete, de los últimos actos de protocolo. Ya tenía su contrato en el bolsillo y lo que él deseaba más fervientemente era estar al lado de Claudia.

No le había hecho ninguna llamada telefónica. Su llegada sería sorpresiva, como él quería que fuese.

Conguito su reloj. Eran las nueve y veinte de la noche. Claudia

estaría quizá durmiendo. La imaginó tendida en el lecho, respirando acompasadamente, un hombro desnudo porque aquel tirante del camisón le resbalaba siempre.

Cerró los ojos y un automóvil pasó zumbando por la izquierda haciendo sonar el claxon en un largo aullido.

Andy abrió los ojos y enderezó el coche, sobrecogido, porque había estado a punto de chocar con el bólido que se acababa de cruzar con él.

Infiernos, sería mala cosa que ahora muriese.

Había llegado el día en que Claudia y él iniciarían una nueva vida. El doctor French le había concedido una semana de plazo para presentarse en Montreal. En ese término venderían la casita donde vivían, en el campo, a ocho millas de Unionville. No sería ningún problema, ya que su vecino, Stanley Clarke, tenía mucho interés en agrandar sus posesiones.

Tenía otro motivo para marcharse de Unionville. Ese motivo se llamaba Franklin Milton. Por fin lo iba a perder de vista.

Franklin era muy alto, muy rubio y muy guapo y él no tenía nada contra eso. Un hombre podía ser todo lo alto, rubio y lo guapo que quisiera. El defecto de Franklin Milton consistía en que había sido novio de Claudia... ¿Por qué demonios Franklin no había tenido el buen sentido de dejar a Claudia en paz después que ella se casó?

Pero lo cierto era que, una o dos veces por semana, Franklin se dejaba caer por su casa... Sí, señor, Franklin era uno de esos condenados tipos que se invitan a sí mismos y de nada valía, después de la sobremesa, que él, Andy, se pusiese a bostezar sin tomarse la molestia de cubrirse la boca con la mano. Franklin ignoraba aquellos gestos y seguía allí, sentado, como si lo hubiesen pegado al asiento, con su eterna sonrisa en los labios y diciendo chistes. Y lo peor es que Claudia se divertía muchísimo con él. Pero naturalmente, Claudia sólo sentía afecto por Franklin, verdadera amistad. Claudia sólo estaba enamorada de él.

Al llegar a este punto de sus pensamientos, levantó la barbilla orgulloso porque Claudia, una mujer tan bonita y hermosa, había visto en él a su hombre.

Su hombre. Sonaba condenadamente bien.

Se puso a cantar con la música de *Noche y Día*, una letra

inventada por él: *Claudia, yo soy tu tipo.*

Apretó el acelerador. Ya estaba en casa. Ya podía ver las colinas a la luz de los faros.

Se removió nervioso en el asiento. Unos minutos más y Claudia estaría en sus brazos. Cuando se encontró a cien yardas de la verja, hizo deslizar el coche sin ruido.

Frenó con suavidad y abrió la portezuela con el mismo sigilo.

La casa estaba a oscuras.

Tomó su cartera de mano y cruzó el jardín subiendo al porche.

Luego introdujo la llave en la cerradura y abrió.

Entró en la casa y dio vuelta al conmutador de la luz. Entonces gritó:

—¡Claudia...! ¡Ya estoy aquí...!

Claudia tenía el sueño muy ligero.

Quedóse mirando la puerta del dormitorio, pero no oyó ruido en el interior.

Recordó entonces que, algunas veces, Claudia tomaba somníferos.

Cruzó el *living* a grandes zancadas y abrió la puerta del dormitorio.

El lecho estaba iluminado por la luz de la luna que entraba por la ventana.

Andy dio un respingo.

La cama estaba deshecha, pero Claudia no se encontraba en ella.

Hizo girar el conmutador y el dormitorio quedó iluminado.

De repente, sus ojos tropezaron con el hombre que estaba tendido de bruces en el suelo.

Se le hizo un nudo en la garganta.

—¡Claudia! —gritó, y le salió un gallo.

Tampoco obtuvo respuesta.

Al fin recuperó el movimiento y echó a andar lentamente hacia el hombre que yacía en el piso. Se detuvo muy cerca. Lo reconoció sin necesidad de verle la cara, porque aquel hombre era muy alto y muy rubio.

Franklin Milton.

Se puso en cuclillas y le dio la vuelta, aunque no hubiese necesitado hacerlo para saber que estaba muerto.

Franklin Milton había recibido una bala en el corazón.

Todavía no había empezado el *rigor mortis*.

No hacía ni siquiera una hora que Franklin se había enfrentado con la pistola.

Fue entonces cuando descubrió el arma. Allí estaba. Sobre la piel de oso que había al lado de la cama.

La había comprado cinco meses antes al señor Johnson, que tenía su tienda en la calle Mayor de Unionville. En aquel tiempo las autoridades recomendaron a los ciudadanos tuviesen precaución. Tres presos se habían fugado de la penitenciaría situada a quince millas al norte. Se temía buscasen refugio en las casas aisladas.

Andy comprobó la pistola y se la entregó a Claudia. Ella tenía que quedarse sola en la casa mientras él hacía sus visitas.

Todo fue una falsa alarma, ya que los tres reclusos fugados se dirigieron hacia el oeste, a través de los campos, y fueron aprehendidos en el empalme de ferrocarril de St. Paul.

Entonces él guardó la pistola en una caja de sombreros, en el armario, sin sospechar que serviría, unos meses más tarde, para que Franklin Milton fuese muerto.

Entonces se dio cuenta de otra cosa. La lamparilla de noche estaba volcada. Pero hubo algo más que le produjo una extraña sensación, la de que por sus venas corría agua helada y no sangre. El batín de Claudia estaba junto a la puerta del cuarto de baño.

Se puso en pie y corrió hacia él atrapándolo con una mano. Observó el batín de color azul. ¡Estaba desgarrado por el hombro!

—¡Claudia! —gritó, irrumpiendo en el cuarto de baño.

Pero allí tampoco estaba su mujer.

Quedó inmóvil escuchando la gota de agua que caía cada minuto del grifo.

Agrandó los ojos tratando de imaginar lo que había ocurrido en su casa.

Escuchó su respiración jadeante.

No, a Claudia no le podía haber ocurrido aquello.

Corrió al otro dormitorio, el que sólo era ocupado por Eneas, el hermano de Claudia, cuando se llegaba allí en los fines de semana.

La habitación estaba intacta.

Luego fue a la cocina y la vio limpia, aseada.

Regresó al dormitorio que compartía con Claudia sintiendo el golpeteo del pulso en las sienes.

Un grito brotó de su garganta al oír la campanilla del teléfono.

Regresó al *living* y quedóse mirando el teléfono que descansaba sobre la mesa ratona.

Su cerebro trabajó aprisa.

Franklin estaba muerto y para matarlo había sido necesario un disparo de pistola. El disparo pudo ser escuchado por alguien.

A veces pasaba por frente a su casa Dell Mille, el policía motorizado a cuyo cargo corría la vigilancia del tramo de carretera desde St. Paul a Unionville. Era frecuente que Dell entrase en casa para jugar una partida de ajedrez con él. Pero si Dell hubiese oído el disparo habría entrado de inmediato. No, no podía ser Dell.

La campanilla seguía sonando.

Finalmente alargó la mano y atrapó el auricular. Mientras lo acercaba a su cara oyó una voz agria.

—Claudia, ¿qué te ocurre?

Identificó a la persona que estaba al otro lado. Eva su vecino Stanley Clarke.

—No soy Claudia —le salió una voz ronca.

—¿Quién está ahí?

—¿Quién va a ser? —dijo—. Soy Andy.

—¿Andy?... Diablos, muchacho, ¿cuándo llegaste?

—Hace un rato. ¿A qué se debe tu llamada, Stanley?

—A Marion se le ocurrió preguntar a Claudia si le gustaría ir mañana con ella a Safford. Quiere comprarse un nuevo bañador y ya sabes cómo es Marion. Tratándose de cualquier prenda, necesita la aprobación de Claudia.

—Muy bien, se lo diré.

—Díselo ahora. Marion necesita saber la respuesta. Quiere marcharse temprano.

—Pero Claudia duerme... Verás, Stanley... No quise despertarla...

—Caramba, debe estar como un tronco porque dejaste sonar la campanilla del teléfono un buen rato.

—Sí, hoy seguramente se cansó mucho.

—Bueno, muchacho, ¿qué tal te fue por Nueva York?

—Muy bien, Stanley, ya te contaré...

—Tengo tiempo. Puedes hacerlo ahora.

—Stanley, yo también estoy cansado... Viajé durante todo el

día... Si no te importa ya hablaremos mañana.

—Bueno, Andy, acuérdate de decirle a Claudia que haga la llamada a Marion a primera hora.

—Descuida, Stanley. Se lo diré...

Andy colgó y quedó quieto.

Durante unos momentos pensó en que aquello no pudiese estar sucediendo realmente, que fuese una pesadilla. Volvió poco a poco la cabeza diciéndose que cuando mirase hacia el dormitorio, cuya puerta había dejado abierta, no vería ningún cadáver.

Pero no era una pesadilla. Allí estaba Franklin, inmóvil para siempre.

Santo cielo, ¿qué había sido de Claudia?

Una idea le cruzó por la mente. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? La madre de Claudia vivía en Unionville. Claudia habría ido a refugiarse a casa de su madre. Tenía que ser así, pero ¿y si se equivocaba? Tomaría precauciones al hablar.

Descolgó el receptor y marcó nerviosamente el número en el dial.

Sonó la señal una vez, dos veces.

Oyó cómo descolgaban y luego la voz de la madre de Claudia.

—¿Si?

—Buenas noches, señora Gilbert, soy Andy.

—¿Andy? —repitió la señora Gilbert como si estuviese hablando con un marciano.

—Sí, señora Gilbert. Su yerno.

—¡Es Andy! ¡Andy!... No te apartes de ahí, hijo... No te apartes.

Los gritos hicieron daño en el oído de Andy.

Oyó un golpe, luego una carrera y por fin a Claudia.

—¡Andy!... ¡Querido!...

—Claudia, ¿qué haces ahí?

—Oh, Andy... —dijo Claudia y rompió a llorar.

—Nena... Cálmate... ¿Me oyes...? Tienes que calmarte... Quiero que me lo cuentes todo. —Sí, Andy, sí, pero es que tengo un nudo en la garganta... Oh, Andy... Fue horrible.

—Habla, por lo que más quieras, Claudia.

—Franklin llegó alrededor de las siete... No puedo creerlo de él, Andy... Era absurdo que intentase una cosa así.

—Ya te advertí contra él.

—¿Por qué no te hice caso, Andy...?

—Perdona, nena, ahora no sirven de nada las recriminaciones.

—Franklin dijo cosas absurdas.

—El muy miserable...

—Trató de besarme... Me defendí... Bueno, entonces lo amenacé... Sólo lo amenacé, Andy... Pero él se burló de mí... Dijo que yo no sería capaz de hacer daño a una hormiga... Luchamos... Me desgarró el batín y entonces... —Claudia rompió en sollozos. Andy cerró los ojos.

—No digas nada más, Claudia.

—Andy, quiero que vengas aquí...

Andy iba a decir que sí, que acudiría a su lado inmediatamente pero se acordó de Franklin Milton. Él no podía ir al lado de Claudia. Al menos, mientras aquel hombre estuviese allí.

—Sí, nena, iré ahí en cuanto pueda. Concédeme un poco de tiempo.

—Pero, Andy...

—Lo siento, nena. No podemos seguir hablando más. Ten confianza en mí. Inmediatamente colgó.

Bien, ahora había llegado el momento de actuar.

Avisaría a la policía y...

Pero ¿cómo iba a avisar a la policía? No podía hacerlo.

Claudia lo había matado... Sí, ella había obrado en legítima defensa, pero ¿cómo opinarían el *sheriff* Clifton, el juez Sullivan y los doce miembros del jurado?

Santo cielo, y también estaba el fiscal Stuart Dawson, justamente un hombre que sentía una gran antipatía por él porque, en cuatro distintas ocasiones, había actuado como médico por la defensa.

No, no sería tan fácil.

Imaginó al fiscal Dawson hablando en la sala del tribunal con la fogosidad que le era peculiar, los ojos llameantes.

«—Ven a esa mujer... —el fiscal señalaba a Claudia, sentada en el banquillo de los acusados—. Nos ha colocado una bonita fábula respecto a la defensa de su honor... Pero... ¡no es cierto, señores del jurado! Existen pruebas e indicios que no explican lo que realmente ocurrió. Franklin Milton y Claudia O'Connor estuvieron prometidos en otro tiempo. Se iban a casar, pero resultó que entre ellos se interfirió un forastero, el doctor Andy O'Connor... Claudia

abandonó a Franklin para casarse con Andy O'Connor.

Señoras y caballeros, ¿qué es lo normal en estos casos? ¿No es cierto que Claudia O'Connor debió terminar sus relaciones con Franklin Milton? Ustedes responden que sí, pero en este caso la lógica falla por, su base. Porque, ¡sépanlo de una vez! Franklin Milton, el antiguo prometido de la acusada, continuó entrando en el hogar de los O'Connor... Sí, amigos, Franklin Milton era bien recibido en la casa del doctor...».

No quiso seguir escuchando al fiscal.

No, no podía consentirlo. Claudia no iría a la cárcel. El fiscal no conseguiría un triunfo a costa de su mujer, de la felicidad de su hogar.

Además, ¿qué pasaría cuando el doctor French, el más famoso neurocirujano de América supiese que la mujer de su nuevo colaborador había matado a un hombre...?

Toda su carrera, cuanto había anhelado durante largos años de ejercicio profesional, se vendría abajo.

¿Y quién era Franklin Milton?

Un vividor de las mujeres. Era lo que se había dicho y ahora estaba dispuesto a creerlo.

Nadie le conocía profesión alguna. Sin embargo, siempre tenía dinero. Bien es verdad que Franklin aseguraba haber recibido una herencia de un hermano de su madre que murió en el Brasil, pero ¿quién había podido comprobar aquello? Franklin siempre había sido listo. Tenía un arte especial para tratar a las mujeres. A todas les resultaba simpático. Incluso a Claudia, santo cielo.

Había otro detalle, Franklin acostumbraba a marcharse de viaje. A veces pasaba seis meses sin aparecer por Unionville.

¿Por qué no arreglarlo todo para que Franklin iniciase uno de aquellos viajes aunque, en este caso, no volviese jamás?

El mismo le daría el billete.

Oh, no, se lo había dado Claudia al despacharle aquel plomo... ¿Qué tonterías estaba pensando?... No podía entretenerse un minuto.

Hacer desaparecer un cadáver no sería cosa fácil...

¿Cómo lo haría?

Pensó en el ácido, pero lo desechó porque eso exigía tiempo y

siempre había que contar con que alguien se presentase, Stanley, Marion, su mujer o Dell Mille, el agente motorista.

Se acercó a la ventana. Por el cielo corrían muchas nubes que de vez en cuando tapaban la luna llena. Con un poco de suerte, el cielo terminaría por cubrirse. Es lo que ocurriría, a juzgar por las nubes que se vislumbraban por el Este.

Entonces podría cavar la fosa.

Estaba decidido, pero ¿dónde enterrarlo?

Se pellizcó el labio inferior pensativo. El mejor sitio sería en el bosque de alces, a unas trescientas yardas de la fuente del Gran Chorro.

Podía llegar con el coche hasta el fondo del claro. Luego sólo tendría que transportar el cadáver de Franklin por entre los arbustos. Naturalmente, pondría mucho cuidado en su trabajo.

Recordó algo. Tenía un pico y una pala, pero un par de semanas antes Stanley se los había pedido para enterrar a su perro «Dick» que había muerto de vejez. Ahora no recordaba si Stanley se los había devuelto. Tendría que comprobarlo.

Lo primero que tenía que hacer era apagar las luces para dar la sensación, a cualquier persona que pasase por allí, de que Claudia y él estaban durmiendo.

Al ir a ponerse en movimiento estuvo a punto de tropezar con el cadáver.

—Perdón —dijo instintivamente.

Al cabo de unos instantes estaba envuelto por la oscuridad.

Luego pensó que, para hacer aquella clase de trabajo, necesitaba primero un buen trago. O quizá dos.

Fue a la cocina y no se entretuvo en escanciar el *whisky* en un vaso, sino que bebió en la misma botella.

El *whisky* le abrasó la garganta y sintió cómo le circulaba hacia abajo, hasta que al llegar al estómago se lo puso en ebullición.

Salió por la puerta de atrás y se dirigió a la cochera.

Murmuró un juramento al comprobar que, tal como esperaba, el pico y la pala no estaban allí.

Los tenía Stanley.

No podía hacer el hoyo para Milton con las manos.

Dio un suspiro.

Bueno, todo consistía en llegarse a la casa de Stanley por las

herramientas.

Pero, infiernos, ¿cómo iba a justificar ante Stanley que tenía necesidad del pico y la pala a aquellas horas de la noche?

Tendría que arreglárselas para conseguirlos sin necesidad de que Stanley se enterase. Ahora ya había calmado los nervios. El *whisky* le había ayudado mucho.

Fue a guardar la botella, pero decidió conservarla y la metió en el bolsillo de la chaqueta. Sé dijo que, cuanto más pronto se pusiese en camino, antes acabaría.

Para llegar a la casa de Stanley, en la colina, tenía que recorrer un cuarto de milla.

Hizo el camino campo a través porque no quería que nadie lo viese por la carretera. Dell Mille acostumbraba a pasar alguna vez por allí antes de las doce de la noche.

Se detuvo al ver que el piso bajo de la casa de Stanley estaba iluminado.

¿Por qué infiernos Marion y Stanley no se iban de una vez a dormir...? Claro, estarían discutiendo sobre el bañador.

Muy bien. Lo haría por su cuenta. El pico y la pala estarían en la cochera y podía ver desde allí que estaba abierta.

Saltó la verja pero se detuvo al oír una respiración extraña y unos bufidos.

Miró hacia la izquierda, de donde procedían, y vio aparecer dos ojos. Era un perro. El perro nuevo de Stanley Clarke... ¿Cómo diablos se llamaba?... Sólo había tenido oportunidad de verlo una vez y recordó su aspecto salvaje y la mirada de desprecio que el can le dirigió.

El perro se había detenido olfateando el aire y empezó a gruñir.

Un segundo más y se abalanzaría sobre él.

Pero justo en aquel instante el perro se puso a ladrar furiosamente y se oyó un entrechocar de cadenas.

Andy comprendió que el animal no se había podido lanzar contra él porque estaba sujeto.

Miró a la ventana y vio la sombra de Stanley que se acercaba al hueco.

Entonces se arrojó de cabeza sobre la verja y cayó al otro lado.

—¿Qué te pasa, «Lucky»? —preguntó Stanley.

El perro le contestó lanzando prolongados ladridos.

—Cállate ya, «Lucky». Quizá viste un búho, pero él no nos hará daño... ¡Silencio!

El perro se acalló poco a poco.

Andy vio cómo Stanley se apartaba de la ventana.

Entonces se deslizó sobre el estómago y los codos, alejándose del lugar donde se encontraba «Lucky».

Cuando se halló bastante lejos, saltó cuidadosamente por la verja. Una vez a la otra parte, esperó. El perro ya había dejado de ladrar, y quizá era debido a que el viento soplaba del lado contrario.

Tuvo que dar un rodeo para llegar hasta la cochera e invirtió largo tiempo en ello, porque hizo el camino con mucha lentitud.

Encontró el pico y la pala en el fondo y los cargó sobre el hombro.

Se disponía a volverse cuando se encendió la luz de la cochera y una voz tronó:

—¡Alto o disparo!

CAPÍTULO II

Andy se dio la vuelta y vio a Stanley Clarke en el hueco con una pistola en la mano.

—¡Andy! —exclamó su vecino.

Stanley era un cincuentón alto, robusto, de grandes entradas, ojos azulados.

—Hola, Stanley, ¿cómo estás?

—Yo muy bien. ¿Y tú?

—De primera, chico.

Stanley arrugó el ceño.

—¿Qué clase de conversación estúpida estamos sosteniendo?

—Empezaste tú, Stanley.

—Fuiste tú quien primero preguntó por mí, Andy.

—Bueno, condenación, no importa quién fue el que preguntase primero.

—¿Qué demonios haces ahí con ese pico y esa pala, Andy?

—Son míos, ¿verdad?

—Desde luego.

—Entonces, me los llevo. Y deja ya de apuntarme con ese revólver.

—No es un revólver. Es una pistola.

—Oh, sí, ahora recuerdo... Fuiste comandante durante la guerra.

—Coronel —rectificó Stanley, levantando la barbilla.

—Oye, Stanley, tengo mucha prisa —dijo Andy y echó a andar.

Pero Stanley no se movió de la puerta.

—Oye, ¿por qué no me has pedido el pico y la pala?

—No quería molestarte.

—Eres muy delicado, Andy.

—Pensé que estaríais durmiendo.

—Pero tú verías iluminadas las ventanas del piso bajo.

—No llegué por ahí.

—No, ¿eh? —Stanley hizo una mueca y Andy comprendió lo que pasaba por su mente. Stanley estaba recordando el momento en que el perro se puso a ladrar—. Eh, muchacho, ¿para qué quieres un pico y una pala a estas horas de la noche?

—¿Te pregunté yo para qué querías aquella rubia con la que te vi hace tres meses a las nueve de la mañana?

—Diablos, cállate —exclamó Stanley, encogiendo la cabeza como una tortuga—. Marion lo puede oír y jamás creería que encontré a esa chica en el bosque cazando mariposas y que yo sólo pretendía ayudarla...

—Yo tampoco lo creería —dijo Andy en voz baja.

—Todavía no me has dicho qué vas a hacer con esas herramientas.

—Ni pienso decírtelo. Soy un hombre libre, Stanley... ¿O has creído que porque eres mi vecino puedes fisgonear en todos mis asuntos?...

—Eh, muchacho, ¿qué te pasa? Apenas hace un rato que llegaste de ese viaje... ¿Te ocurrió algo?

—A mí no me ocurrió nada, Stanley. Sólo quiero marcharme con mi pico y mi pala porque me pertenecen. Buenas noches.

Andy avanzó con furia incontenible y Stanley tuvo que saltar para no ser arrollado. Cuando se alejaba de la cochera, Andy se detuvo un momento.

—Ah, Stanley, puedes decirle a Marion que mañana tendrá que ir sola a Safford para comprarse ese bañador.

—¿Por qué?... ¿Acaso Claudia no se encuentra bien?

—Exactamente. No se encuentra bien.

—¿Qué es lo que tiene?

—¡Paperas! —exclamó Andy, y caminó hacia su casa.

Transcurrido un minuto, se dijo que su comportamiento con Stanley había sido absurdo.

Demonios, si tuviese que ganarse la vida como asesino, lo atraparían a la primera.

Llegó junto a su coche y depositó el pico y la pala en el portamaletas.

De pronto le cayó una gota de agua y luego tres más.

Lanzó una maldición. Estaba lloviendo.

Miró al cielo y lo vio cubierto de nubes.

Justamente hacía tres meses que no llovía. La comarca estaba atravesando una prolongada sequía. Pero tenía que ser ahora justamente cuando empezase a llover.

Decidió darse mucha prisa. Con un poco de suerte podría acabar su trabajo en una hora. Tenía fuertes brazos. Estaba acostumbrado a utilizar el pico y la pala porque él ayudó con su esfuerzo a construir aquella casa, a cavar los cimientos y luego a quitar las grandes piedras que había alrededor.

Cruzó el jardín y en ese momento el cielo se iluminó con un relámpago.

Sonó un trueno lejano.

Entró en el *living* y abrió un armario extrayendo un impermeable de plástico.

Sí, también necesitaba las botas altas. Se cambió rápidamente y luego caminó hacia el dormitorio.

Se detuvo de pronto al percibir el ruido de un motor.

Invirtió demasiado tiempo en cruzar de nuevo la puerta y apagar la luz.

Permaneció inmóvil a la espera. El motor seguía zumbando.

Se deslizó hacia la ventana y miró fuera.

A la luz de otro relámpago distinguió al agente Dell Mille delante del coche, rascándose la cabeza.

Bueno, Dell Mille era un buen muchacho, jamás había molestado. Sólo entraba cuando Claudia o él se encontraban en casa. Ahora volvería a montar en su moto y se largaría. Pero el agente entró en el jardín y caminó hacia el porche.

Andy se apartó de la ventana.

Sonó un timbrazo.

Bueno, Dell Mille podía seguir llamando todo el tiempo que quisiera. No le abriría. Claudia y él estaban durmiendo.

Mille empezó a aporrear la puerta.

—Eh, señor

O'Connor,

despierte, soy Dell Mille...

Andy hizo rechinar los dientes, pero al fin se despojó del impermeable, de la chaqueta, se bajó el nudo de la corbata,

despeinándose un poco y acudió a abrir.

Dell Mille, rechoncho, saludó sonriente.

—Celebro mucho que haya regresado a casa, doctor.

—¿Sólo llamaba para eso, Dell?

—Oh, no, perdone, señor

O'Connor...

Se trata de su coche.

—¿Qué le pasa a mi coche, Dell?

—Se dejó puestas las llaves de contacto y la ventanilla está abierta. Como vi la casa a oscuras, pensé que había tenido un olvido.

Andy largó un bostezo.

—Bueno, Dell, a cualquiera le puede ocurrir... Llegué muy cansado y ya sabe lo que pasa cuando un marido está ausente tantos días de su casa...

Dell guiñó un ojo y asomó la cabeza por junto al brazo de Andy.

—¿No está por ahí la señora?

—No, Dell, descansa... Me gustaría invitarlo a un vaso de *whisky*, pero...

—Se lo acepto, señor

O'Connor.

Creo que lo voy a necesitar esta noche... Se acerca una buena tormenta.

Dell ya había empezado a andar y Andy no tuvo más remedio que franquearle el paso.

—Sé dónde está el *whisky*, señor

O'Connor,

no hace falta que se moleste...

—Da lo mismo, Dell, yo también tomaré otro. Creo que lo necesito tanto como usted... Me encuentro un poco frío.

—Sí, eso es lo que he notado, doctor... Seguramente hizo un mal viaje...

Entraron en la cocina y el propio agente preparó los *whiskys*.

—Por su regreso, señor

O'Connor

—brindó Dell.

—Muy amable, Mille.

El agente bebió un trago, pero Andy se demoró un poco.

—Esta tarde vi a Franklin Milton.

Andy soltó un bufido hacia adelante espolvoreando el *whisky*.

—Caramba, se atragantó, señor

O'Connor

—dijo Dell, palmeándole la espalda.

—Se fue por el sitio que no debía. —

O'Connor

quiso forzar una sonrisa—. ¿De qué estaba hablando?

—De Franklin Milton... Decía que lo había visto... Ese pillastrón sabe lo que se hace. —¿Usted cree, Dell?...

—Siempre lo he visto con unas mujeres estupendas. No conozco a un fulano que las conquistase tan fácilmente.

Andy se sintió irritado.

—Eso está al alcance de cualquiera, Dell... Basta que uno se dedique a ello como si fuese una profesión. Usted es bueno en la suya y yo lo soy en la mía... Ahí lo tiene todo explicado. Franklin Milton no conoció otra profesión que la de ocuparse de las mujeres.

—Pero no me negará que el tipo ha resultado todo un profesor.

Andy se rascó una mejilla.

—¿Quién era la mujer que acompañaba esta tarde a Franklin Milton?

—Una pelirroja.

—¿Acaso la señorita Joyce?

—No, no era la señorita Joyce... A decir verdad, nunca la había visto... Era forastera...

—Caramba, ese tipo trabaja horas extras —murmuré en voz baja.

—¿Qué dice, doctor?

—Oh, nada, Dell... Me estaba acordando que he de levantarme mañana a las seis... Recuerde que durante diez días no he visto a mis enfermos...

—Comprendo, señor

O'Connor

—repuso el agente y tomó otra vez la botella—. Con su permiso. El último trago.

—Oh, sí, Dell, el último...

—Tiene un *whisky* condenadamente bueno, doctor.

—¿De veras?... Yo casi no lo pude apreciar.

—No, ¿eh? —sonrió Dell—. También es usted vivo, doctor... Le vi un botellón en el bolsillo de la chaqueta que dejó sobre el diván...

—Caramba, se apercibió de ello.

—Lo que se me escape a mí... —Dell se puso un dedo bajo el ojo derecho.

—Desde luego, Dell... Es usted un buen policía...

—Por su esposa, doctor.

—Muy gentil, Dell.

Dell bebió de una sola vez el contenido de su vaso y salió de la cocina.

Andy fue muy aprisa tras de él y casi tropezó con el agente cuando éste se detuvo.

—Una pregunta, doctor... ¿Por qué se puso las botas?

—¿Qué botas? —Andy se dirigió una mirada a las piernas—. Oh, sí, Dell... Me voy a pescar... Seguro que es eso...

—¿A estas horas?

—Bueno, tenía la duda... La verdad, no sé qué hacer. Claudia está durmiendo.

—Doctor, haría muy mal.

—¿Usted cree?

—Despiértela.

—¿Eh?

—Se lo aconsejo —el agente lo golpeó en el pecho con el dedo índice—. ¿Usted me entiende, doctor?...

—Oh, sí, Dell... Desde luego. La despertaré... Fuera las botas...

—Tengo un proverbio, señor

O'Connor

y se lo regalo.

—Muy generoso, Dell. —El pez que no pesques hoy, puedes pescarlo mañana, pero conserva a tu mujer toda la semana.

—El pez que no pueda pescar... —empezó a repetir Andy—. Oh, Dell, cuánta filosofía hay en sus palabras...

—¿Verdad que sí?... Recuérdelo siempre y será un hombre feliz.

En aquel momento sonó un terrible estruendo.

—¡Por todos los infiernos! —exclamó Dell—. Ya tenemos encima la tormenta.

—Sólo me faltaba eso —dijo Andy con un murmullo.

—Hasta mañana, doctor. Presente mis respetos a su esposa.

—Así lo haré. Se lo diré en cuanto la vea... En el dormitorio.

Dell no había escuchado las últimas palabras porque ya había abierto la puerta.

Se oyó la lluvia en el jardín.

Dell hizo un saludo con la mano y echó a correr.

Andy se quedó en el porche viendo cómo éste montaba en la moto, la ponía en marcha y se alejaba a toda velocidad por el camino a Unionville.

Un relámpago iluminó a Dell cuando subía por la colina.

Andy dio un suspiro de alivio y entró en la casa.

Bueno, había pasado el peligro. Ahora debía darse más prisa que antes.

No se puso la chaqueta. Se colocó encima el impermeable y echó a andar hacia el dormitorio.

Pero cuando tenía ya la mano en el tirador de la puerta oyó otra vez el zumbido de un motor.

Demonios, ¿qué le había pasado a Dell?

Miró en su derredor, buscando algo que hubiese podido olvidar el agente, pero no lo encontró.

Se acercó corriendo a la ventana y miró por los visillos.

Pero esta vez no era el agente Dell. Un coche bajaba por la colina. El coche de los Clarke. Andy lanzó un juramento, se despojó del impermeable y lo arrojó sobre el diván. Luego se puso frente a la puerta.

Sonó el timbre.

—Adelante —dijo, y cruzó los brazos listos para soltar un ex abrupto.

Al fin la puerta se abrió y dijo:

—Stanley, no estoy dispuesto a consentir...

Pero ya no pudo decir más porque no era Stanley quien entraba por el hueco, sino la esposa de su amigo, Marion.

—Buenas noches, Andy... Con esa pose me recuerdas a mi esposo cuando se pone el uniforme militar e intenta recordar su pasado como estratega. Entre paréntesis, debo confesarte que jamás participó en una batalla. Se pasó toda la guerra en oficinas.

Marion estaba por los cuarenta años de edad y era de mediana talla, cara simpática y ojos vivaces.

Andy se había quedado tan sorprendido que no acertó a pronunciar palabra.

Marion, que tenía un abrigo puesto, cruzó la habitación camino del dormitorio.

—Hablaré con Claudia.

—¡Párate! —gritó Andy.

Marion dióse la vuelta con las cejas enarcadas.

—Eh, Andy, ¿crees que estoy sorda?

—¿He gritado? —sonrió Andy protocolariamente.

—Te deben haber oído en el club Rotary y hay sus buenas doce millas desde aquí.

—¿No vino contigo Stanley?

—No. Se quedó en casa. Me dijo que estabas de un humor imposible y estoy comprobando que tiene razón.

Andy se llegó al lado de Marion y la tomó del brazo.

—Querida Marion, le dije a tu esposo que estaba muy cansado...

—¿Lo estás tanto que te vas a pescar?

—Oh, no, sólo me puse las botas para saber si me venían bien. Últimamente tuve una hinchazón en los pies... Pero celebro haberme equivocado.

Marion frunció el ceño.

—¿Te encuentras bien, Andy?

—Absolutamente en forma.

—Cualquiera lo diría. Me parece que estás haciendo demasiadas cosas raras para una sola noche. Te llegaste a nuestra casa para sacar clandestinamente de allí un pico y una pala.

—Que eran míos.

—No trato de discutir contigo el problema de la propiedad. Cuando necesitamos esas herramientas, Stanley vino a pedirte las y lo lógico es que tú nos las hubieses pedido al necesitarlas... Ahora te encuentro con unas botas que te vienen a la medida.

Andy apretó los labios.

—Marion, tú ya sabes que soy un hombre a quien no le gustan los prejuicios.

—Y por eso me fuiste simpático.

—Quiero decirte con ello que para mí no existe ningún inconveniente en probarme unas botas de pescar durante la noche... Desde luego no se me ocurriría probármelas en un club nocturno

mientras cenamos. Pero, en mi casa, ¿por qué no?

Hubo un silencio entre ambos.

—¿Te puedo ofrecer un martini, Marion? —dijo Andy sonriente, mientras se frotaba las manos.

—No. Sólo vine para hablar con Claudia. En vista de que no me puede acompañar a Safford, quiero preguntarle su parecer sobre mi bañador.

—Está durmiendo como un lirón, Marion. No querrás que la despierte por una cosa como ésa —la atrajo suavemente hacia la puerta mientras agregaba—: Pero mañana a primera hora; antes de que te marches a Safford, ella te hará una llamada para decirte su opinión sobre el bañador... Magnífico, ¿eh?

—Eres muy olvidadizo, Andy.

—Te prometo que lo recordaré.

La joven titubeó mirando la puerta del dormitorio y a Andy le bailó la nuez en la garganta.

—Está bien, Andy, confío en que Claudia me llamará.

Andy se sintió más optimista y acompañó a Marion hasta la puerta.

—Saluda a Stanley de mi parte.

—Estaba furioso contigo.

—Bueno, dile que no se comporte como un chiquillo... Buenas noches, Marion.

—Hasta mañana, Andy.

Seguía lloviendo, pero no intensamente.

Marion corrió al coche, dio la vuelta en un trozo de terreno y apretó a fondo el acelerador.

El coche subió como una bala la colina.

Andy entró otra vez en la casa, confiando en que con la visita de Marion hubiesen acabado las complicaciones. Pero estaba muy equivocado.

CAPÍTULO III

Abrió la puerta del dormitorio.

El cadáver estaba en su sitio.

Andy recordó las palabras del agente. Sí, Franklin Milton había sido un pillastrón.

Pero ya había dejado de corretear con pelirrojas... y con las mujeres de otros.

¿Qué hacía allí perdiendo el tiempo?

Se agachó sobre los restos mortales de Franklin y le pasó las manos por debajo de las axilas. Midió la distancia hacia el hueco de la puerta y se puso a arrastrar su carga.

Salió del dormitorio y empezó a cruzar el *living*.

Estaba a la altura del diván cuando sintió el ruido de unos pasos fuera. Alguien corría hacia la casa.

Tuvo la impresión de que el frío del cadáver se le transmitía a su cuerpo. Se estaba congelando. Un poco más y se convertiría en un trozo de hielo.

—¡No! —gritó.

Pero su orden telepática no llegó a la persona que ya estaba en el porche.

Sonó el timbre.

Andy miró al diván de su lado y entonces dio un empujón al cadáver dejándolo tendido.

Casi en ese mismo instante se abrió la puerta.

Andy giró, diciendo:

—¿Olvidaste algo, Marion?

Pero estaba escrito que aquella noche no diese una en el clavo. No era Marion. Era una rubia que no había visto jamás en su vida.

Se quedó mirándola con la boca abierta, porque la rubia era

hermosa, de clase especial, rostro bellísimo de mejillas hundidas, ojos grandes de color del aguamarina y boca corta de labios semigruesos, carnosos, rojos como la sangre.

—Buenas noches —dijo la joven—. Mi nombre es Dorothy Gream.

—Doctor
O'Connor.

—Perdone, doctor, pero tuve una avería en el coche 5% con esta tormenta a punto de descargar, me consideré en peligro. Vi la luz de su casa y, bueno, se me ocurrió que podría darme alojamiento por algún tiempo.

—Desde luego, señorita Gream.

—Es usted muy amable, doctor... ¿Qué le pasa a su amigo?... ¿Bebió con exceso?...

Por unos instantes Andy se había olvidado de Franklin. Se volvió hacia el diván y lo vio boca abajo, tal como lo había dejado, el brazo izquierdo colgando.

—Eso es, señorita Gream —se apresuró a decir tras la pausa—. Es un borracho... Siempre se lo digo... Franklin, no bebas más que te hace daño el *whisky*... Pero ya lo ve... No sirve de nada.

—Ahí se va a enfriar. Será mejor que lo llevemos a la cama. Yo le ayudaré.

—Oh, no, señorita Gream, no puedo permitirlo.

—Es lo mínimo que puedo hacer por usted.

La rubia ya había echado a andar hacia el diván.

Andy sintió otra vez aquellos escalofríos.

—Tómelo usted por las piernas, señorita —dijo, y se apresuró a atrapar a Franklin por el tórax, manteniéndolo boca abajo.

Andy pensó que no volvería a meter a Franklin en el dormitorio Conyugal, de modo que se dirigió hacia la otra puerta y la abrió con ayuda del codo.

Se tomó un respiro para dar la vuelta al conmutador de la luz.

—Caramba, su amigo pesa mucho —dijo Dorothy.

—Todo músculos, señorita Gream. Lo dice él mismo. En su cuerpo no hay una molécula de grasa.

—Es un buen mozo.

«¡Demonios! —se dijo Andy—. Aquel Franklin Milton conquistaba a una mujer hasta convertido en fiambré».

Dejó caer la parte de él que transportaba sobre la cama y la señorita Gream soltó también su trozo.

Andy se volvió frotándose las manos.

—Bueno, ya está listo.

—¿Lo va a dejar así? Es una posición bastante incómoda.

Andy se fijó en que Franklin tenía los dos brazos bajo el cuerpo.

—Si me permite, señorita... Quiero desnudarlo, no se vaya a enfriar más.

—¿Más de lo que está...? Parece un trozo de hielo.

—Franklin tiene manías cuando está con una copa de más. Esta vez le dio por meterse en el frigorífico, diciendo que era una botella de ginebra.

—Debe ser un tipo muy ocurrente —sonrió Dorothy Gream.

—En vida... —Andy tosió, agregando—: En vida de su padre, no sabe usted la de ingeniosidades que soltaba... Luego se quedó huérfano y eso le afectó mucho...

La joven le hizo un gracioso mohín y salió de la habitación.

Andy se apresuró a cerrar y apoyóse en la puerta. El corazón le seguía marchando muy aprisa. Unas cuantas emociones más y tendrían que enterrarlo a él.

Naturalmente, no iba a molestarse en desvestir a Franklin. Se limitó a cubrirlo con una sábana.

Pegó una palmada a Franklin en la pierna.

—Por lo que más quieras, muchacho, pórtate bien y deja ya de crearme problemas.

El muerto debió escucharlo porque en aquel momento sonó la campanilla del teléfono. Andy dio un respingo y se lanzó hacia la puerta. Abrió de un tirón y cerró con llave desde el *living*.

Vio a la rubia que estaba contestando.

—Sí, espere un momento... —miró a Andy—. Es una tal Claudia... Pregunta por usted, doctor... Debe encontrarse muy mal.

Andy echó a correr y le quitó el teléfono de la mano.

—Gracias, señorita Gream —tartamudeó por el cable—. ¿Claudia...?

—¿Quién es esa mujer?

—¿Qué mujer?

—No te hagas el loco. Ahí hay una mujer.

—Marion.

—¿Crees que no conozco la voz de mi mejor amiga...? No es Marion.

—Querida, estás un poco trastornada... Tú ya sabes cuál es nuestro lío... Trato de arreglarlo lo mejor posible.

—Oh, Andy, no me destroces el corazón... Tú y una mujer... Y me confiesas que tienes un lío...

—Es lo natural... ¿Qué querías que ocurriese...? Llego a casa, no te encuentro a ti.

—Andy, ¿con qué clase de hombre me he casado?

—Cariño, serénate... Ahora recuerdo que le dejé a tu madre unos comprimidos para dormir... Es lo que tú necesitas... Tómate tres... quizá mejor cuatro.

—Claro, tú quisieras que me tomase todo el tubo.

—No, Claudia, no hagas eso, ya hay bastante con un muerto... Naturalmente me estaba acordando del tío Johnny... Pobre hombre...

—Mi tío Johnny murió hace nueve años y tú ni siquiera lo conociste. Andy, si todavía significo algo para ti, arroja a esa mujer de nuestro hogar.

—Desde luego, Claudia... Muy pronto todo será distinto... Quedará enterrado... el pasado... Volverá a salir el sol... y ya no habrá relámpagos ni lluvia... Te volveré a llamar... cuando salga el arco iris.

Andy colgó. Estaba muy nervioso. Le caían chorros de sudor por la cara. Miró a la rubia y se dio cuenta de que ella lo estaba contemplando a su vez con la cabeza ligeramente ladeada.

—¿Shakespeare?

—¿Eh?

—Me refería a lo que estaba recitando.

—Oh, sí, desde luego... *Hamlet*, acto tercero, escena quinta.

—Siempre deseé representar *Hamlet*, pero nunca tuve oportunidad.

—¿Es actriz?

—Lo fui. Y, según algunos críticos, habría llegado muy lejos.

—¿Qué lo impidió?

—Un hombre —la joven dio un suspiro—. ¿Qué otra cosa podía ser? Me quiso para él solo... Me prometió un «Cadillac», dos abrigos de visón y una casa en Miami para dorarme al sol...

—Caramba, no hizo mal negocio.

—El «Cadillac» resultó ser un «Ford» de segunda mano, los dos abrigos de visón se convirtieron en uno de piel de conejo.

—Al menos tendría la casa en Miami.

—Una choza en los pantanos... Estuvimos allí dos meses, hasta que se presentó la policía. Él era El Pequeño Diamond. ¿No oyó hablar de él?

—No. ¿Algún tipo importante?

—No había otro como él en el Medio Oeste para asaltar Bancos. Pero de eso me enteré luego, cuando le pusieron las esposas.

—Supongo que entonces volvería al teatro.

—Demasiado tarde. Mi productor había encontrado a una nueva Ingrid Bergman y yo me encontré con un dibujante que me prometió la fama si me dejaba pintar. He sido Salomé danzando con los siete velos, Judith cortándole la cabeza a Holofernes, Carlote Corday degollando en la bañera a Marat.

—Es usted una mujer polifacética.

—Gracias, doctor.

—Me refería a su vida artística, naturalmente.

Ella abanicó las pestañas y sonrió.

—Lo comprendo, doctor

O'Connor...

A propósito, esa mujer que llamó por teléfono era su esposa, ¿verdad?

—Sí, discúlpela... Sufrió un ataque de nervios.

—Yo si tuviese un marido como usted no lo dejaría solo.

—Es usted muy simpática, señorita Gream.

—Dorothy, para usted...

La rubia echó a andar hacia Andy y se detuvo muy cerca de él.

—Todavía no sé su nombre.

—Andy...

—Qué musical... Su esposa es una mujer muy afortunada.

—¿Usted cree?

—Es usted muy varonil, doctor... y le sientan tan bien esas botas...

—Ya me di cuenta y por eso las uso para andar por casa.

—¿No cree, doctor, que el destino de cada cual es indescifrable...?

—Estoy convencido de ello, Dorothy —repuso Andy, pensando en el escenario con que se había encontrado al llegar.

—Hace media hora usted y yo no nos conocíamos y ha bastado el transcurso de ese insignificante plazo de tiempo para que empiece a sentir una emoción que jamás había sentido antes...

—¿Shakespeare también?

—Oh, no, doctor. Es absolutamente original... ¿No me cree? Póngame la mano aquí. Dorothy le tomó la mano sin esperar a que él lo hiciese voluntariamente y se la puso un poco más arriba del corazón.

Andy sintió la garganta reseca. Demonios, aquello le tenía que ocurrir cuando tenía un muerto en la casa.

Eso le hizo recordar que debería desembarazarse de Franklin cuanto antes. Era la clase de trabajo que había venido a interrumpir la rubia con su presencia.

—Dorothy, estoy pensando en que le conviene descansar.

—Sí, doctor.

—Ése es mi dormitorio, quiero decir el que comparto con mi mujer.

—¿No vendrá ella?

—Oh, no, pero de todas formas, si viniese, Claudia es muy comprensiva...

—Doctor, le dije que sólo quería quedarme hasta que amainase el temporal.

—Hay temporal para rato. ¿Por qué no intenta dormir?

En aquel momento volvió a sonar la campanilla del teléfono.

—Perdone, Dorothy. —Andy alcanzó el auricular y no esperó a que le hablasen desde la otra parte—. Claudia... Ten confianza en mí.

—No soy Claudia, doctor. Aquí el agente Dell Mille. Tiene que venir en seguida...

—¿Qué pasa, Dell?

—Un accidente... Un coche se despistó en la curva de los Faisanes. Hay un herido grave. Ha de darse mucha prisa, doctor.

—No, hombre.

—¿Qué dice, doctor O'Connor?

—Nada, Dell... Hablaba conmigo mismo... ¿Por qué han de

ocurrir todas las cosas al mismo tiempo...?

—Es la vida, señor

O'Connor...

¿Cree que a mí me gusta estar en la carretera con un tiempo como éste...?

—Bueno, Dell... Voy para allá en seguida.

—Corriendo, doctor... Ah, y no se olvide de la botella de *whisky*.

—Sí, Dell. La llevaré conmigo. Yo también la necesito.

Andy colgó.

—¿Malas noticias, Andy? —inquirió la rubia.

La había olvidado por unos instantes... Infiernos, ¿cómo la iba a dejar, sola allí, con el muerto en la habitación de los huéspedes?

—Dorothy, está muy pálida y ahora recuerdo que los latidos de su corazón eran anormales... Necesita un tratamiento.

—Qué astuto es usted, doctor... Pero no se preocupe... Me gustan los hombres astutos. Andy no la quiso sacar de su error. Corrió al cuarto de baño y buscó en el armario un tubo de barbitúricos. Se puso dos comprimidos en la mano, titubeó y por fin agregó uno más.

Atrapó un vaso y lo llenó de agua, regresando al *living*.

—Aquí tiene, Dorothy. Ha de tomárselos.

—Sí, doctor, pero antes quisiera comer algo.

—No tiene tiempo...

Andy movió los pies nervioso. No podía esperar más. Un hombre estaba gravemente herido. Tenía que cumplir su misión.

—Descuide, doctor, me hago cargo de su trabajo... Yo misma iré a la cocina y comeré algo. Luego tomaré los comprimidos. Se lo prometo...

—De acuerdo, Dorothy... He de marcharme ahora.

—Vaya tranquilo, doctor —le tomó una mano—. Pero, por favor, no tarde mucho... Me voy a sentir muy sola... Es usted tan varonil, doctor...

Andy puso los comprimidos y el vaso de agua sobre la mesa ratona. A continuación se puso la chaqueta, el impermeable y, luego de coger su maletín, salió disparado de la casa.

Mientras hacía correr el automóvil hacia la curva de los Faisanes, soltaba imprecaciones en voz alta.

¿Por qué, de pronto, estallaba el mundo a su alrededor?

Claudia, Franklin Milton, la tormenta, Stanley y Marion Clarke, el agente Dell Mille, aquella rubia que había sido engañada por El Pequeño Diamond, un grave accidente en la carretera... ¡y todo eso con un muerto en casa!

Por añadidura, Claudia creía que la estaba engañando con su inesperada visitante... ¿Cómo podía pensar Claudia tal cosa después de la amarga experiencia que había sufrido con Milton? Las mujeres resultaban incomprensibles. Su forma de reaccionar, en determinadas ocasiones, era lo más sorprendente que podía darse, tratándose también de animales racionales.

Vio la curva de los Faisanes a lo lejos.

Los faros de un coche y los de la moto de Dell rasgaban la oscuridad.

Pisó el pedal del freno y salió a la lluvia.

—Dese prisa, doctor, ese tipo se muere —dijo el agente Dell—. Estaba a punto de llevarlo a su casa.

—¿Cree que es la Morgue?

—Disculpe, doctor, pero yo sólo pensé en el herido.

—Comprendo. —Andy fue tras de Dell hasta el lugar donde se encontraba el accidentado.

Se habían detenido otros coches un poco más arriba y dos hombres estaban junto a la víctima.

—Este tipo no lo cuenta —decía uno de ellos.

El otro replicó:

—Tenía que haber visto a un primo de mi mujer. Seis costillas rotas, le colgaba la cabeza... Y, sin embargo, pasó aquel trago y hoy está tan vivo como usted y como yo. —Dejen paso al doctor— dijo Dell.

O'Connor invirtió diez minutos en hacer una cura de urgencia al hombre. Efectivamente, se encontraba grave.

—Dell, hay que transportarlo inmediatamente al hospital.

—Ya llamé a una ambulancia, doctor, pero aún tardará sus buenos diez minutos.

—En tal caso, sería preferible que saliesen a su encuentro.

El hombre que tenía una mujer cuyo primo había resucitado se ofreció a llevar al hombre herido.

—Yo iré con él, naturalmente, doctor —dijo el agente.

—En tal caso, mis servicios ya no son necesarios —cabeceó el

doctor—. Volveré a casa... Claudia y yo sostuvimos una discusión y se marchó con su madre —se le ocurrió decir eso para reparar su error al tomar el teléfono.

—Caramba, doctor —dijo Dell—. Lo siento... Espero que sea una nube como esas que están descargando el agua sobre nosotros.

—Desde luego, Dell... Todo quedará aclarado entre Claudia y yo... Pero quiero zanjarlo esta misma noche.

—Suerte, doctor, y gracias por su colaboración. Ah, deme la botella.

Andy emprendió el regreso, y poco después estacionaba el coche en el mismo sitio. Ahora llovía con más fuerza y echó a correr cruzando el jardín como una exhalación. Saltó al porche y dejó que escurriese el impermeable. Finalmente entró en el *living*. Estaba desierto.

Se dirigió al dormitorio de los huéspedes y abrió la puerta.

Sí, Franklin Milton seguía allí, tendido en la cama... Bueno, ¿qué estupidez se le estaba ocurriendo? Franklin no había podido marcharse por su propio pie.

Cerró y fue al otro dormitorio.

Abrió sigilosamente. La habitación estaba iluminada, pero en la cama no había nadie.

Fue al cuarto de baño y tampoco encontró a Dorothy.

Entonces registró el resto de la casa y al fin regresó al *living* y se quedó pensativo. La rubia Dorothy había desaparecido.

CAPÍTULO IV

Bueno, ¿lo dejarían tranquilo al fin para enterrar en paz a Franklin Milton?

Empezaba a dudar de que eso pudiese ocurrir.

Pero debía intentarlo una vez más.

Sonó el teléfono.

Ahora sí que sería Claudia. Era una mujer impaciente. Bien, tendría que explicárselo todo.

Atrapó el auricular, pero esta vez tomó precauciones.

—¿Sí?

—Hola, muchacho.

—¿Qué infiernos quieres ahora, Stanley?

—Te lo tenías muy callado, Andy, pero debiste confiar en mí.

—¿A qué te refieres?

—Conozco tu secreto.

—¿Qué dices?

—Me di una vuelta por tu casa hace un rato...

Andy se estremeció.

—¿Viniste aquí, Stanley?

—Desde luego. Es lo que estaba diciendo... Vaya jaleo, muchacho. Comprendo que estés pasando una nochecita de alivio.

—No lo sabes bien.

—Claro que lo sé... La vi a ella.

—¿A ella?

—Sí, Andy. Y qué mujer... Por añadidura rubia, como a mí me gustan... ¿Dónde la pescaste? Debe ser una sirena de aguas profundas, porque Marion me dijo que tuviste necesidad de las botas.

—Eres un tipo muy chistoso, Stanley, pero estás cometiendo un

error.

—Oh, sí, yo me equivoco muchas veces con respecto a las rubias, pero apuesto doble contra sencillo a que todo lo de ella es genuino. Andy, si alguna vez te cansas de esa chica, acuérdate de tu amigo Stanley.

—Siento decepcionarte, Stanley, pero esa mujer se metió en mi casa para refugiarse de la tormenta.

Justo en aquel momento sonó un trueno.

—Es una magnífica excusa, Andy, y ya veo que lo preparaste bien. Hiciste ir a Claudia a casa de su madre y para ello bastó que se lo indicases por teléfono. Luego te presentaste con la rubia.

—Sólo estás diciendo estupideces, Stanley. Te repito que Dorothy se llegó sólo por unos minutos a casa.

—De modo que se llama Dorothy. Muy bonito.

—Creí que habías hablado con ella.

—Oh, no, cuando la vi me di cuenta de que no debía estorbaros. Le pregunté por ti y ella me dijo que habías salido un momento. Entonces me retiré como corresponde a un caballero.

—Eres un hombre muy comprensivo, Stanley. Pero ahora te voy a pedir un favor. —Todos los que tú quieras, Andy.

—¡Déjame en paz! —gritó

O'Connor

y golpeó el auricular contra la horquilla.

Encendió un cigarrillo nerviosamente.

Maldición. Todos los elementos se habían desatado contra él. Terrestres y extraterrestres. ¿Hasta cuándo?, se preguntó. Y la respuesta la tuvo en seguida.

Oyó una vez más un automóvil que bajaba por la colina.

—¡No! —se oyó gritar.

No estaba dispuesto a soportar la presencia de nadie.

El automóvil se detuvo frente a la casa.

Corrió al armario, atrapó un palo de golf y se ubicó junto a la puerta.

Oyó pasos en el porche y la puerta se abrió bruscamente.

Iba a golpear ya con el mazo la cabeza de la persona que entraba cuando se detuvo al ver que era Claudia.

Su mujer lo vio por el rabillo del ojo y se volvió gritando.

Los dos quedaron quietos mirándose, ella con los ojos

agrandados.

—Anda, márame, bígamo...

—Claudia...

—Sí, soy tu mujer que vuelve a la casa que le pertenece, a defender los últimos restos de su felicidad.

—¿De qué estás hablando, Claudia? —Andy dejó caer el palo en el suelo.

Comprendió cuánto amaba a su mujer y la estrechó entre sus brazos.

Ella se dejó abrazar.

—Andy, ¿dónde está esa horrible mujer?

—¿Qué mujer?

—No seas cínico. La que me contestó por teléfono.

—Oh, ésa —rió Andy—. Era muy hermosa.

—¡Andy!

—Pero yo no tenía nada que ver con ella, Claudia.

—¿Esperas que te crea?

—Empezó la tormenta y ella tuvo una avería en el coche. Buscó el refugio más cercano y resultó ser nuestra casa.

—Lo que yo esperaba. ¿Dónde está? Quiero verla, Andy, no la habrás metido en nuestro dormitorio.

—Se fue ya.

—Pero si la tormenta está descargando ahora.

—Aunque te parezca increíble, fue así. Dell Mille me llamó para atender a un accidentado. Cuando regresé, Dorothy se había marchado.

—Ya la llamas Dorothy, ¿eh? Y dices que no la conoces.

—Me dijo su nombre.

Andy se asombró de que Claudia y él estuviesen hablando de la rubia cuando lo más importante era Franklin Milton.

Se apartó de su mujer.

—Claudia... He sentido tanta alegría al verte que he enviado mentalmente a Franklin al infierno.

—La verdad es que yo lo olvidé mucho antes, cuando me respondió tu Dorothy.

—No es mi Dorothy, pero dejemos eso ya, Franklin está en el dormitorio de los huéspedes.

—¿Ahí?

—No pude deshacerme de él...

—¡Me marchó!

—¿Adónde?

—Otra vez con mi madre. No quiero estar bajo el mismo techo que Franklin Milton.

—Pero, querida, espera... Prefiero que te quedes. Ya ha pasado todo...

—¿Tú lo crees...? ¿Es ésa tu opinión? ¿Piensas acaso que yo lo puedo olvidar?

—Con el tiempo lo conseguirás, Claudia. Estoy seguro... —dijo un suspiro mirando al dormitorio de los huéspedes—. Después de todo, hemos de perdonarlo.

—Andy... ¿cómo no lo he sabido hasta esta noche?

—¿El qué no has sabido?

—¡Estoy casada con un monstruo!

—No me gusta que digas eso, Claudia... Comprendo que estés resentida contra Milton, pero, al fin y al cabo, ya ha dejado de hacer daño.

La joven fue a hablar y se quedó con la boca abierta.

—Andy, ¿qué es lo que has hecho?

—Sólo he tratado de arreglarlo, Claudia.

—No quiero pensar lo que se me está ocurriendo, Andy. ¡No quiero...! ¿Lo has... lo has matado?

Andy la miró parpadeante.

—¿Qué dices?

—Mataste a Franklin, eso es lo que has querido decir. ¡Pero dime que me equivoco...! ¡Necesito oírtelo decir en seguida!

Andy tartamudeó.

—Cariño, no sabes lo que dices.

Claudia sonrió, arrojándose en brazos de su marido.

—Oh, Andy, gracias... Por un momento temí lo peor, que hubieses tomado la justicia por tu mano y hubieras matado a Franklin. Interpreté tus palabras de esa forma.

Andy se había quedado rígido como una estatua.

—Claudia... —se oyó decir con voz ronca—. ¿Es que no lo mataste tú?

Su mujer apartó la cabeza del pecho varonil poco a poco y alzó la cara.

—¿Qué es lo que acabas de decir?

—Franklin está muerto.

—¿Qué...? ¡Pero si hace un momento me acabas de decir...!

—No, Claudia. Fue entonces cuando me interpretaste mal... Yo llegué aquí y me encontré a Franklin en nuestro dormitorio, con una bala en el corazón.

—¡Andy!

—Había sido disparada por la pistola que compré para que te defendieses cuando estuvieses sola.

Claudia desorbitó los ojos.

—¡Oh, no, Andy!

Él la tomó por los brazos.

—Cariño, estaré a tu lado... Yo comprendo lo que ocurrió... Peleasteis porque él intentó propasarse... Entonces tú te libraste de él, atrapaste la pistola y le dijiste que se estuviese quieto. Franklin no te obedeció... Puedo verlo con su sonrisa de conquistador, diciendo: «No, nena. Tú no apretarás el gatillo» —rió por la comisura de la boca como lo habría hecho Franklin.

—Sí, Andy, atrapé la pistola y lo amenacé pero él no rió como tú lo haces y tampoco yo disparé. Se abalanzó sobre mí y le di un empujón. Cayó de espaldas y se golpeó contra la pared.

—¿Y qué más?

—Eso fue todo. Quedó sin sentido... Entonces arrojé la pistola al suelo y me cambié rápidamente. Antes de salir le dirigí una mirada. Seguía tendido en el suelo, sin conocimiento. Saqué el coche y lo hice correr hacia la casa de mi madre.

Andy cerró los ojos.

—No, querida, las cosas no ocurrieron así...

—¡Te he contado la verdad, Andy...! ¡Absolutamente la verdad!

—Nena, recuerda que soy médico...

—¿Qué tiene que ver eso con lo que estamos hablando?

—Mucho, cariño. Sufriste un fuerte *shock*. Ya sabes, estabas trastornada y por eso no supiste lo que hacías. Es lógico. Tú eres una mujer honesta y no una cualquiera... Franklin te atacó... Intentó abrazarte... Tú llegaste a pensar que era un pulpo con muchos brazos.

—Oh, no, Andy, lo hacía con mucha delicadeza... Pero yo Sólo quería ser abrazada por ti y por eso le pegué un puñetazo en las

narices.

—Es lo que le encorajinó más.

—Sí, Andy... Mi golpe no le hizo arrojar sangre, pero se puso a lloriquear porque se le llenaron los ojos de lágrimas... Fue hasta chistoso... Por eso me reí de él y le dije que se marchase, pero fue cuando él cobró más ánimos.

—El muy canalla... Pobrecita mía... Entonces agarraste la pistola.

—Sí, pero las cosas ocurrieron como dije antes... ¿Verdad que fuiste tú quien lo mató, Andy?

—No, Claudia. Te digo que ya estaba muerto cuando yo llegué.

—Querido... Yo me hago cargo de tu reacción... Encontraste a Franklin aquí, viste mi batín desgarrado, señales de lucha y, al no encontrarme, pensaste lo peor... Leí un caso parecido en la revista *Crimen y amor*. Un hombre se propasó con una mujer y, después de matarla, la enterró en el jardín, junto a un macizo de rosas. ¿Fue eso lo que pensaste, Andy...?

—No, Claudia, hasta cierto punto, no pensé eso porque yo nunca leí ese artículo. Pero Franklin estaba ya listo... Te aseguro que yo no lo maté, Claudia.

Los dos se miraron fijamente, perplejos.

—Entonces... —dijo Claudia—, si los dos decimos la verdad, si tú no lo mataste ni yo tampoco... ¿quién disparó sobre Franklin?

Sobrevino una nueva pausa.

De repente, la puerta se abrió de golpe.

Claudia y Andy se volvieron, ella lanzando un grito asustada.

En el hueco vieron a dos hombres. Ambos se cubrían con gabardinas que chorreaban agua. Uno era muy alto, de sienes y mejillas hundidas y el otro más bajo, robusto. El alto dijo:

—Soy Charles Lake, teniente de la Brigada de Homicidios, y éste es el sargento Alan Stone.

CAPÍTULO V

—Bien venidos, amigos —dijo Andy

O'Connor

—. A ustedes también les pilló la tormenta y se llegaron a mi casa para refugiarse.

—No, señor

O'Connor.

El sargento y yo estamos aquí en acto de servicio.

—¿En acto de servicio? No les comprendo.

Charles Lake miró a Claudia.

—¿Es usted la señorita Dorothy Gream?

—No, teniente. No soy esa rubia. Mi nombre es Claudia

O'Connor.

—Es mi esposa —sonrió Andy.

—Comprendo —dijo el teniente—. ¿Dónde está la señorita Dorothy Gream?

—No está aquí.

—Eh, teniente —intervino el sargento—. Apuesto a que se la han cargado también.

—¿Qué dice, sargento? —intervino Andy, sintiendo un escalofrío por la espina dorsal.

El teniente carraspeó.

—Vayamos por partes. En primer lugar, ¿dónde está el cadáver?

—¿El cadáver...? ¿Qué cadáver?

—Es mi deber decirle que se encuentra usted en una situación muy delicada, señor

O'Connor.

Recibimos una llamada telefónica de la señorita Dorothy Gream. Ella nos dijo que aquí había un hombre muerto.

Andy rió nerviosamente.

—¿Un hombre muerto en esta casa? Qué tontería, ¿verdad, querida?

—Es lo más absurdo que he oído en mi vida —dijo Claudia—. El teniente Lake es un hombre de muy buen humor. Seguro que ha querido hacer un chiste con tu profesión.

—No, señora

O'Connor.

No he querido hacer ningún chiste con la profesión de su esposo... En esta casa hay un hombre muerto.

—Y puede que una muerta también —cabeceó el sargento Stone. El teniente dio unos pasos hacia los dos esposos.

Andy había pasado un brazo por la cintura de Claudia, protegiéndola instintivamente.

—Será mejor que nos diga la verdad,

O'Connor.

¿Dónde está el cadáver?

Andy se dijo que ya todo había saltado por los aires y que nada podía hacer.

—Teniente, quiero hacerle una confesión.

—Magnífico. Es lo mejor que puede hacer en las presentes circunstancias.

—Yo no lo maté.

—Fue su esposa, ¿eh?

—No. Tampoco.

—Dígame ahora que se trata de un suicidio.

—No, teniente, es evidentemente un asesinato, pero mi mujer y yo no sabemos una palabra acerca de quién lo haya podido hacer.

—Empecemos por el principio. ¿Dónde está él?

Andy exhibió la llave de la habitación de los huéspedes y la alargó al teniente.

—Última habitación de la izquierda.

El teniente Lake entregó la llave al sargento.

—Ocupate de todo, Alan, mientras yo interrogo a los dos esposos.

—Sí, teniente. Ahora mismo.

Alan Stone se detuvo ante la habitación y abrió la puerta. Miró hacia el interior y lanzó un silbido.

—Caramba, estos tipos son muy aseados. Lo dejaron en la cama como si fuese a dormir.

¿No se lo dije hace un rato mientras veníamos? Hoy día se mata a todo confort.

Desapareció en la estancia donde descansaba Franklin el último sueño.

SI teniente Lake se pellizcó el mentón.

—A partir de ahora todo cuanto digan podrá ser tenido en cuenta contra ustedes.

—Teniente, lo crea o no, le hemos dicho la verdad —repuso Andy—. Mi mujer y yo somos inocentes.

—Es conmovedora la forma en que los dos se protegen, pero les aseguro que por ese camino no van a adelantar nada. Muy pronto sabremos quién de ustedes lo hizo y entonces no les valdrá su abnegado sacrificio...

—Oiga, teniente, somos dos honrados ciudadanos... Tuve que marcharme de casa durante unos días y mi mujer quedó sola. Ese hombre, Franklin Milton, se llegó aquí a robarme mi mujer, a convertir en ruinas nuestro hogar... Franklin creyó que ella sería fácil presa de él, pero le salió el tiro por la culata. Mi mujer se defendió como una pantera... Usted no la puede recriminar por ello. Defendía su honor y el mío.

—Le comprendo. Su mujer sacó la pistola y le pegó un tiro.

—No, teniente. Ahí viene lo bueno. Mi mujer sólo le soltó un empellón y Franklin se golpeó la cabeza quedando sin sentido.

—Eso es mucho peor. Lo remató luego.

—No, teniente. Mi mujer no disparó la pistola.

—Fue usted, ¿eh, doctor

O'Connor?

—No fuimos ninguno de los dos. Ya se lo dije antes. Mi mujer se marchó de la casa después que Franklin quedó en tierra sin conocimiento y, cuando yo llegué, él ya estaba muerto. Quiero decir que alguien entró en la casa cuando no estábamos ni mi mujer ni yo. Fue esa persona quien disparó sobre Franklin, alojándole una bala en el corazón.

—Un misterioso visitante, ¿eh?

—Exactamente, teniente. Ahora lo ha comprendido bien. Su trabajo sólo consiste en dar con el hombre o la mujer que entró en

la casa cuando Claudia y yo estábamos ausentes.

—Sencillo, ¿eh?

—Por esta parte de la comarca viene poca gente. Si usted pregunta por ahí terminará por dar con una pista buena. La que lo conduzca al asesino.

El sargento Stone salió de la habitación.

—Teniente, está todo claro. Muerte súbita producida por arma de fuego. —Hay orificio de entrada, pero no de salida. También tiene un chichón.

—¿Qué me dice del *rigor mortis*, sargento?

—Ha empezado a quedarse tieso. Un rato más y estará listo para que lo embalsamen.

—Está bien, sargento, vaya al coche y traiga las esposas.

—¡No puede hacer eso con nosotros, teniente! —intervino Andy—. Si quiere llevarnos a la comisaría, puede hacerlo. Pero iremos con las manos Ubres.

—¿Quién manda aquí? —repuso Charles Lake.

El sargento ya había cruzado el *living* y salió por la puerta.

Claudia se abrazó sollozando a su esposo.

—Andy, ¿qué va a ser de nosotros y de nuestros hijos?

—¿Cuántos tienen? —inquirió Lake.

—Ninguno todavía... No tuvimos tiempo —contestó Andy.

—Pero pensábamos tener tres —lloriqueó Claudia, humedeciendo con sus lágrimas la pechera de Andy.

—Esperen aquí. Tengo que hablar un momento con el sargento.

—Sí, teniente.

—No cometan ninguna tontería. ¿Me dan su palabra?

—La tiene, teniente.

Charles Lake sacudió la cabeza y caminó rápidamente.

La puerta se cerró tras de él.

Claudia rodeó el cuello de Andy con sus brazos y empezó a besarle en la cara.

—Oh, Andy, ¿por qué tuvo que pasar esto?

—No te preocupes, nena. Recuerda que estamos unidos hasta que la muerte nos separe.

—No la nombres, Andy.

—Andy...

—¿Sí, nena?

—He sido muy feliz contigo.

—Yo también...

—¿Me engañaste alguna vez, Andy?

—Nunca.

—Yo también te he sido fiel.

—Lo sé, Claudia.

—Hemos sido un matrimonio perfecto, ¿verdad, Andy?

—Seguro, nena. Nadie ha sido más feliz que nosotros.

—Le pediré al teniente que nos pongan en una celda juntos.

—Creo que eso no puede ser. Lo prohíbe el reglamento.

—Entonces, en celdas contiguas.

—Eso quizá lo tolere.

—Aprenderemos a hablarnos por señales con el jarro de lata...

Lo vi en un filme, Andy. —Sí, nena.

—Dos golpes, «Te quiero mucho». Tres, «Te necesito».

—Sí, Claudia.

En aquel momento oyeron el motor de un coche.

Pero el automóvil se alejaba.

Los dos habían quedado en suspense.

Andy se apartó de su mujer y echó a correr hacia la puerta. La abrió de un tirón.

—Andy, ¿adónde vas?

Andy gritó hacia fuera.

—¡Teniente...!

Nadie le contestó.

—¡Sargento! ¿Dónde está?

Claudia llegó al lado de su esposo.

—¿Qué pasa, Andy?

—Se han ido... El teniente y el sargento se fueron...

—Oh, Andy. ¿Es cierto?

—Seguro.

—Qué maravillosos policías. Han sabido que éramos inocentes.

Andy se volvió señalando la habitación de los huéspedes.

—Pero se dejaron al muerto.

—Bueno, ya mandarán por él.

Andy la tomó por el brazo.

—¿Es que no te das cuenta, Claudia?

—Bueno, si se trata de un olvido lo recordarán, pero tú y yo

siempre estaremos juntos, dentro o fuera de la cárcel.

—¡Claudia, esos hombres no eran policías!

—¿Eh?

—¡Nos engañaron, Claudia...! Está claro ahora.

Echó a correr y al llegar ante la mesa ratona descolgó el teléfono y marcó el número de la policía.

Descolgaron en seguida.

—¿Oficina del *sheriff*?

—Sí. ¿Quién llama?

—Oiga, quiero hablar con el teniente Lake.

—¿El teniente Lake? Aquí no hay nadie que se llame así.

—Bueno, quizá esté entonces el sargento Stone...

—Oiga, si trata de tomarme el pelo yo tengo un modo de arreglarlo para que no lo vuelva a repetir... Aquí no existe tampoco ningún sargento Stone.

—Gracias, amigo —dijo Andy y colgó.

Claudia se había acercado a su marido mientras éste sostenía su conversación telefónica.

—¡Claudia, yo tenía razón!

—Entonces, ¿por qué vinieron?

—¡La rubia...! Dorothy Gream... Dijeron que ella los había llamado. Era su cómplice y Dorothy sólo se llegó aquí para cerciorarse de que encontraría a Franklin Milton. Luego avisó a sus compinches.

—Pero, Andy, ¿de qué estás hablando?

Andy estaba muy excitado.

—¡Es una confabulación!

Dio media vuelta y se dirigió a la habitación de Milton.

Claudia fue tras de él.

Los dos entraron en la estancia y de pronto se detuvieron mirando a Franklin Milton, que yacía en la cama. Sus pies estaban desnudos.

—¡Lo descalzaron y le quitaron los calcetines! —exclamó Claudia.

—Y ahí está el motivo por el que ese supuesto sargento lo hizo.

Andy señaló la planta del pie izquierdo de Milton. Tatuada en la piel, se veía claramente una marca, «G-314».

—Andy... ¿qué significa esto?

—No lo sé, nena, no lo sé.

Los dos se tomaron por la mano y apretaron al mismo tiempo.

De repente se soltaron, cuando sonó el timbre de la puerta.

CAPÍTULO VI

—¿Quién será ahora...?

—Quédate aquí, nena. Yo iré a abrir.

—No, Andy. No vayas.

—No te preocupes. Tengo la pistola.

Sacó del bolsillo interior de la chaqueta el arma con la que había muerto Franklin y le quitó el seguro.

—Ten cuidado, Andy.

Éste hizo un gesto afirmativo y salió de la estancia encaminándose hacia la puerta.

Abrió de golpe y saltó hacia atrás.

Un cuerpo se venció hacia adelante y cayó a sus pies.

Era la rubia Dorothy Gream.

Andy oyó a sus espaldas la voz de su mujer.

—Andy, ¿quién es?

—La mujer con la que hablaste por teléfono... La cómplice de esos hombres.

—¿Qué le pasa?

Andy guardó la pistola y se puso en cuclillas ante la joven, a la que dio la vuelta. Tenía una herida en el centro del pecho de la que apenas manaba sangre.

—La apuñalaron, Claudia.

Andy tomó en brazos a la joven y la llevó al diván.

—Rápido, Claudia, todavía vive... Tráeme unas compresas.

Claudia corrió al pequeño gabinete de consulta de su marido.

Andy desgarró el vestido de la joven para dejar la herida al descubierto.

En aquel momento Dorothy abrió los ojos.

—Señor

O'Connor...

—No hable, Dorothy... Voy a curarla.

—Estoy lista... Me llegó la hora.

—No diga eso, Dorothy... Sanará, ya verá.

—Gracias, doctor... Me porté muy mal con usted... Es una buena persona... por eso quiero... transmitirle un mensaje, Cuatro madrugada... calle Hayes, 72... Diga una culebra a la panameña... Tenga cuidado con el hombre de las gafas oscuras... Asesino. Dorothy dobló la cabeza y expiró.

Claudia llegó corriendo con las compresas y se detuvo ante el diván.

—¿Ha... muerto?

—Sí.

—Le oí decir algo. ¿Qué era? ¿Quizá habló del hombre que la mató?

—Habló incoherentemente de su infancia y del muchacho que se sentaba a su lado en la escuela.

—Andy, ¿qué hacemos ahora...?

En aquel momento se abrió la puerta.

Andy y Claudia vieron entrar al agente Dell chorreando agua.

—Perdonen, amigos, pero he tenido que hacer una milla a pie. Se me estropeó la moto.

Caramba, doctor, se ve que el único que resiste su *whisky* soy yo —estaba señalando a la rubia del diván—. Por cierto, doctor, se me rompió la botella antes de probar el primer trago.

—Vaya a la cocina, Dell. En el frigorífico encontrará otro frasco.

—Gracias, doctor. ¿Cómo está, señora

O'Connor?

—De primera, Dell —rió nerviosamente Claudia.

—Celebro que haya hecho las paces con el doctor... Ustedes son un matrimonio perfecto... Sí, señor. No me canso de ponerlos como ejemplo... Serviciales con todo el mundo y dispuestos a hacer un favor...

Dell desapareció en la cocina.

—Rápido, Claudia, ayúdame a transportarla.

—¿Adónde?

—¿Adónde ha de ser? A la habitación de los huéspedes.

—A este paso se nos llena.

Ella tomó a la rubia por las piernas y él por los brazos.

—Espera un momento, Claudia. ¿Qué es lo que vamos a hacer?

—Llevarla con Franklin. Tú lo has dicho.

—Íbamos a cometer una tontería. Ahora no tenemos por qué esconder ningún muerto.

—Es cierto... Ninguno de ellos nos pertenece... Andy, eres maravilloso pensando.

—Se lo diremos a Dell y que llame a sus colegas.

—Es la mejor idea.

Dejaron el cuerpo de la rubia sobre el diván.

Dell salió con un vaso de *whisky* en la mano, haciendo tintinear los cubitos de hielo.

—¡Eh! —dijo—, la rubia se llenó de salsa de tomate.

—No es salsa de tomate, sino sangre —repuso Andy.

—Cayó y se rompió las narices.

—No, Dell. Tampoco es eso. Le pegaron una cuchillada.

—Hay cada tipo por ahí... —dijo Dell y bebió un trago de *whisky*.

De pronto quedó quieto mirando a Andy con la boca torcida.

—¿Qué es lo que ha dicho, doctor?

—Que le pegaron una puñalada a la rubia.

Dell recorrió muy aprisa la distancia que lo separaba del diván.

—¿Está muerta...? —inquirió.

—Del todo.

Dell alzó los ojos depositando su mirada en la cara de Claudia.

—Ahora comprendo lo de la trifulca..., pero me hago cargo... Basta verla a ella para saber que es una aventurera. Crimen pasional. Usted la acuchilló, Claudia.

—Deje de hacer de Perry Mason. Le sienta muy mal.

Entonces Dell se volvió hacia

O'Connor.

—De modo que fue... fue... Se le puso pesada... quizá lo chantajeó y no tuvo más remedio que darle lo que pedía, el pasaporte.

—Dell, cuando se canse de hacer conjeturas, eche un vistazo al otro muerto.

El agente se quedó de muestra.

—¿Ha dicho... otro muerto?

—Sí, agente. Es lo que dije.

Dell se rascó detrás de una oreja, y echó a andar de nuevo, pero se dirigió a la cocina. Claudia y Andy oyeron cómo gorgoteaba la botella de *whisky*.

—Eh, Dell, no la termine —gritó Andy—. Es la única que me queda.

Dell salió de la cocina.

—Oiga, doctor, ¿está usted bien de la cabeza?

—Completamente sano.

—¿Lo está su mujer?

—También.

—Entonces, no me diga que yo soy el loco.

—Puede comprobar la veracidad de lo que le digo, Dell. Vaya a la habitación de los huéspedes. Usted sabe cuál es.

El sargento cruzó el *living* con el vaso de *whisky* en la mano y entró en la habitación de los huéspedes.

Claudia dio un suspiro.

—¿Crees que lo resistirá, Andy?

Se oyó caer un cuerpo en la habitación.

—No pudo —contestó Andy, mirando a su mujer con tristeza.

—Si le ha dado un colapso, serán tres... Lo peor es que pensarán que todos los hemos matado nosotros. Me llamarán Claudia *la Carnicera*... Oh, Andy, hasta me sacarán en la revista *Crimen y amor*.

—Eso es algo que yo no podría soportar.

—¿Qué hacemos, Andy?

—Debemos tener serenidad.

—Pero, Andy, no basta con eso... Hemos de comunicarlo a la policía.

—Ya no es necesario, nena. Tenemos un policía en la casa.

—Pero está inservible.

—Lo pondremos en condiciones. Tráeme una toalla mojada.

Andy fue junto a Dell, que estaba tendido en el suelo, y con ayuda de la toalla que Claudia trajo del cuarto de baño, lo volvió en sí.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde estoy? —inquirió.

—En el panteón.

—Dios mío, es cierto... —Un muerto aquí otro allá.

—Lo de fuera es una mujer.

—Usted es el doctor Mabuse.

—No, Dell... Sigo siendo Andy

O'Connor,

el amigo que le regala el *whisky* del mejor, su compañero de ajedrez. Y ésta es mi mujer, la simpática y jovial Claudia... No llevamos una doble vida. —Andy le puso una mano sobre el hombro

—. Dell, Claudia y yo somos víctimas de las circunstancias.

Dell se puso en pie.

—¿Y qué hago yo con todo esto ahora?

—Sólo existe un camino. Comuníquelo a la policía.

—Los prenderán.

—No, Dell. Somos inocentes. Daremos las explicaciones necesarias. Ya sabe dónde está el teléfono.

Dell lo pensó un poco y finalmente hizo un gesto afirmativo.

—Está bien. Llamaré a la oficina del *sheriff*.

Salieron los tres al *living*, y Dell tomó el auricular.

—¿Qué pasa aquí? —empezó a golpear la horquilla—. Demonios, el temporal estropeó la línea.

Andy dio un suspiro y sacó las llaves de su coche.

—Está bien, Dell. No tiene más remedio que ir personalmente. Lléguese al pueblo y cuéntelo todo, Claudia y yo lo esperaremos aquí.

Dell aceptó las llaves.

—Bueno, supongo que no escaparán.

—No, Dell, no podemos hacer eso. Estamos demasiado comprometidos porque los dos muertos están en nuestra casa. Sólo queremos que se los lleven y nos dejen descansar.

—Oiga, doctor, ¿está seguro que tiene una buena explicación para justificar la presencia aquí de dos muertos?

—Seguro, Dell. No tiene que preocuparse. Todo quedará perfectamente aclarado.

—Bueno, voy a confiar en usted, doctor.

Dell hizo un saludo con la mano y salió de la casa.

Claudia se acercó a su marido y lo besó en la comisura de la boca.

—Oh, Andy, no me siento bien en esta habitación.

—Vamos a la cocina, quiero tomar una taza de café.

—Yo también la necesito.

Se fueron a la cocina.

Andy se sentó en una silla, y Claudia se puso a preparar el café.

—Andy, ¿qué querrá decir

«G-314»?

—No lo sé.

—Está claro que Franklin Milton estaba metido en cosas de espionaje.

—Sí y ahora quedan explicadas sus ausencias, pero ¿por cuenta de quién hacía sus negocios?

—¡Ya lo tengo, Andy!

«G-314»...

Franklin Milton era un agente del FBI... Recuérdalo, Andy... A los muchachos de Hoover les llaman también

G-men...

Franklin Milton es el número 314 de la plantilla. Tenía tatuado en la planta del pie su número de identificación.

—Comprendo, si saltaba en pedazos y quedaba el pie, todavía podían saber quién era... —Una cosa así, Andy. Dios mío, ahora estoy pensando en una cosa. Quizá Franklin Milton no vino a hacerme el amor.

—Perdona, Claudia, pero no resultas muy convincente.

En aquel momento les llegó una voz por el hueco.

—Quizá yo les pueda explicar alguna cosa.

Claudia sólo tuvo que alzar los ojos, pero Andy hubo de girar la cabeza para ver al hombre que hablaba. Estaba por los treinta y cinco años y era alto, de cabello gris, nariz ligeramente torcida. Defendía sus ojos con gafas oscuras.

CAPÍTULO VII

Andy sintió que el corazón le daba un vuelco al recordar las últimas palabras de Dorothy Gream. Le había dicho que tuviese cuidado con el hombre de las gafas oscuras, agregando una aclaración: asesino.

Allí estaba aquel hombre. No podía ser otro porque esgrimía una pistola con la mano derecha.

—Buenas noches —dijo Andy—. No le oímos llegar.

—Me ocupé yo de que no me oyeran.

—Comprendo, es usted un hombre al que le gustan las sorpresas.

—Sí, doctor

O'Connor.

Eso mismo.

—¿Me conoce?

—Desde hoy será muy famoso en ciertos sectores. Será conocido con el nombre de

O'Connor

el de los fiambres.

—Será un alto honor. Mi padre vendía embutido.

—Muy gracioso, señor

O'Connor.

Celebro que no pierda el sentido del humor.

—En tal caso, ¿por qué no continuamos la racha de chistes y me dice quién es usted? —Tengo muchos nombres, señor

O'Connor.

—Deme uno que no esté muy gastado.

—Nyarcos.

—De modo que es griego.

—Por parte de pistola solamente. Fue en Grecia donde liquidé a mi primera víctima.

—Es usted todo un sentimental.

—Basta de ingeniosidades, doctor. ¿Qué sabe usted de todo?

—¿A qué se refiere?

—No trate de eludir el tema, doctor. Quiero que ponga los naipes sobre la mesa para conocer su juego. Dio asilo a Franklin Milton y a Dorothy Gream. Alguno de ellos pudo decirle algo.

—Señor Nyarcos, está usted muy mal informado. Cuando yo llegué a mi casa, Franklin ya estaba muerto.

—Sí, eso lo creo, pero ¿qué hay de Dorothy?

—Ella apretó el timbre de la puerta, yo fui a abrir y cayó en mis brazos. Mi mujer y yo la transportamos al diván, pero cuando la dejamos allí había exhalado el último suspiro.

—Eso no me convence nada.

—¿Por qué no?

—Quizá vivió un minuto.

—No, señor Nyarcos. Le repito que Dorothy murió cuando mi mujer y yo la trasladábamos al diván.

Nyarcos soltó una risita por entre unos dientes separados.

De pronto se oyeron pasos en el *living*.

Nyarcos no volvió la cabeza siquiera.

—¿Qué es eso? —inquirió Andy.

—Están haciendo el traslado.

—¿De qué?

—De los cadáveres.

—Eh, ¿con qué autoridad hace eso, señor Nyarcos? Los muertos son nuestros... No puede quitárnoslos.

—¿Es así como va a agradecer mi gesto?

—Explíqueme eso.

—Nos llevamos a Franklin Milton y Dorothy Gream.

—¿Por qué?

—No es cuenta suya. —Nyarcos hizo una pausa y agregó en voz alta—: Muchachos, limpiad también el suelo para que no queden huellas.

Claudia tragó saliva.

—¿Puedo hacerle una pregunta, señor Nyarcos?

—Desde luego, señora. Estoy a su disposición.

—¿Es usted del FBI?

Nyarcos rió otra vez.

—Usted es tan graciosa como su esposo. Forman una gran pareja.

—No ha contestado a mi pregunta.

—Yo dejo que me las hagan, pero jamás las contesto. Y ahora, señora

O'Connor,

prepárese porque va a venir con nosotros.

Andy se levantó y Nyarcos lo apuntó con la pistola.

—Usted se queda, doctor.

—¿Qué dice?

—Ya lo ha oído. Nos llevamos sólo a ella.

—No puede hacerlo.

—No tenemos más remedio.

—¿Por qué?

—Es posible que usted nos haya dicho la verdad acerca de que Franklin Milton y Dorothy Gream no le dijese nada antes de morir, pero suponiendo que mintiese, usted se estará quietecito... Tendrá que estarlo para evitar que a su mujer le ocurra algo malo.

—¡No consentiré que se la lleven!

—Le aconsejo que no haga el héroe, señor

O'Connor.

No tengo ningún deseo de matarlo, pero lo haré sin titubear si trata de oponerse.

—No quiero que le pase a mi mujer nada malo, ¿lo oye?

—Le doy mi palabra de que volverá sana y salva a sus manos mañana a las doce de la noche. Naturalmente, para ello, usted tendrá que cumplir lo que le he dicho antes. Ha de estarse quieto, callado. No intervenga en nada.

Claudia corrió al lado de su esposo.

—Andy, por favor, estate quieto.

—No puedo consentir que te lleve este tipo. No me fío de él...

—Convenza a su esposo, señora

O'Connor,

o no me quedará otra solución que enviudarla.

—Andy, no quiero llevarte luto... ¡Por lo que más quieras, estate quieto! Ya has oído al señor Nyarcos. No sufriré ningún daño y él me parece todo un caballero.

—Sólo es la fachada, nena... Estos tipos, cuando se les quita la

capa de encima, dejan ver lo que realmente son.

—Vamos, señor

O'Connor,

se nos hace tarde. Los muchachos ya terminaron su trabajo. Andy apretó los maxilares.

—Oiga, Nyarcos, le prometo que no haré nada, me estaré quieto...

—Lo siento,

O'Connor,

pero en nuestra profesión hay que tomar precauciones.

—Esta vez no las necesita.

—No puedo hacer una excepción en su favor, doctor

O'Connor.

—Nyarcos arqueó el dedo sobre el gatillo—. ¿Deja venir a su esposa o disparo?

—¡No! —gritó Claudia—. Iré con ustedes.

—Entonces venga acá sin cruzarse entre su esposo y yo.

La joven obedeció poniéndose al lado de Nyarcos.

Andy respiraba entrecortadamente.

—Oiga, Nyarcos... Si a ella le pasa algo, le juro que ni con todas las gafas del mundo lograría escapar a mis manos.

—Unas palabras muy hermosas. Póngase de espaldas. Le voy a desarmar.

—No tengo pistola.

—Claro que la tiene. Y le voy a decir dónde. En el bolsillo interior izquierdo de la chaqueta... No crea que tengo radar en los ojos, doctor

O'Connor.

Llevo mucho años en la profesión.

—Creí que la carrera de asesino sólo era un truco de los guionistas.

—Gire de una vez y ponga las manos sobre la cabeza... No intente nada, Andy. Recuerde que su mujer será la que reciba el mayor daño.

Éste dirigió una mirada a Claudia, la cual le hizo un mudo ruego. Entonces él giró sobre sus talones y puso las manos en la cabeza.

Nyarcos se le acercó por la espalda y lo desarmó.

Claudia se dispuso a saltar sobre el hombre de las gafas oscuras, pero éste retrocedió sonriendo.

—Bravo, señora

O'Connor.

Es usted una fiel compañera del doctor... Con otro quizá habría tenido más suerte, pero esas tretas no valen conmigo. Usted, doctor, se quedará aquí mientras nos vamos. No se le ocurra siquiera salir a la ventana. Si veo que nos vigila, su mujer empezará a sufrir las consecuencias.

Andy se sentía poseído de la ira, pero ¿qué podía hacer él para oponerse a los deseos de aquel hombre? Nada, absolutamente nada.

—Póngase en marcha, señora

O'Connor.

—Claudia —dijo Andy—. Llévate el abrigo. El tiempo ha refrescado.

—No se preocupe, doctor

O'Connor

—repuso Nyarcos—. Su esposa contará con todo lo que necesite para sentirse confortable hasta que regrese a sus amorosos brazos.

Andy oyó cómo su mujer y Nyarcos se alejaban hacia la puerta.

Sintió impulsos de salir corriendo de la cocina tras aquel hombre, pero se contuvo haciendo rechinar los dientes.

No podía poner en peligro estúpidamente la vida de Claudia. Si a él lo mataban, ¿qué sería de ella? Aquel hombre, Nyarcos, quedaría en libertad para hacer de Claudia lo que quisiese. Al fin y al cabo, Nyarcos debía cumplir su palabra para conseguir que se estuviese quieto.

Todo quedó en silencio. Aquellos hombres habían desaparecido tan silenciosamente como habían llegado.

Salió de la cocina y en aquel momento oyó el fragor de un trueno.

Anduvo lentamente hacia la puerta que comunicaba con el exterior y abrió poco a poco. La lluvia caía con fuerza en el jardín.

Allá fuera sólo estaba el coche de Claudia, solitario, bañado por el agua.

Un relámpago iluminó el cielo.

La carretera de la colina estaba desierta.

Retrocedió y dio un envión a la puerta cerrándola.

Más que en ningún otro momento creyó estar viviendo una pesadilla. Al llegar a su casa no encontró a Claudia y ahora otra vez estaba solo. Sólo las manchas húmedas que había en el suelo le hicieron recordar que vivía una angustiosa realidad.

Miró el diván donde había estado Dorothy. No se había manchado de sangre debido a la posición de la joven y a que murió en seguida.

Continuó andando hacia la habitación de los huéspedes y abrió la puerta impulsándola. Habían hecho hasta la cama y por ninguna parte aparecían rastro de sangre. Daba la impresión de que jamás en aquel lecho había estado descansando un muerto.

Una vez más, la campanilla del *living* se puso a sonar. La línea telefónica ya funcionaba. Hubiese deseado no contestar, pero podía tratarse de la policía. Ahora debía de andarse con cuidado.

Agarró el auricular.

—¿Sí?

—Hola, hijo, ¿cómo estás?

Andy cerró los ojos. Era la madre de Claudia.

—Muy bien, señora Gilbert... Me encuentro de primera.

—Creí que estarías muy afectado por lo de Franklin... Fue terrible, Andy... ¿Es que no te ha contado Claudia lo que ese salvaje iba a hacer con ella?

—Sí, señora Gilbert... Me lo ha contado.

—Si mi esposo viviese, ¿sabes lo que habría hecho en tu lugar?

—Lo ignoro, señora Gilbert.

—Habría atrapado su viejo arcabuz y hubiese llenado de plomo a Franklin.

—Los tiempos cambian, señora Gilbert.

—¿Qué dices, hijo...? Se trata de tu mujer.

—Quiero decir que, antiguamente, Franklin habría conseguido lo que quería, pero ahora, con las mujeres ricas de vitaminas, ese trabajo de los conquistadores profesionales resulta un poco más difícil.

—¡Andy!... No puedo imaginar que tu moral sea tan corrosiva.

—Buenas noches, señora Gilbert.

—No cuelgues. Quiero hablar con Claudia.

—No puede atenderla ahora.

—¿Por qué no?

—Está durmiendo.

—He de hablar con ella. Despiértala.

—Perdone, señora Gilbert, pero recuerde que su hija hubo de mantener una lucha con el seductor y se cansó de pegar. Ahora está recuperando fuerzas... Pero no debe preocuparse. Mañana, en cuanto despierte, le diré que la llame a usted... Besos, mamá. Inmediatamente colgó, pero quedó con la mano en el auricular.

Había tenido que hacer un esfuerzo para no echarlo a perder. No podía consentir que la madre de Claudia tuviese la menor sospecha de lo que realmente ocurría.

En aquel momento una sirena aulló a lo lejos.

Llegaba la policía.

CAPÍTULO VIII

El agente Dell Mille entró en la casa, seguido del *sheriff* Lou Grahame y del ayudante de éste, Thomas Jackins.

—Aquí tiene al equipo completo, doctor O'Connor

—dijo Dell.

Andy fumaba tranquilamente un cigarrillo sentado en un sillón, con las piernas cruzadas.

—Buenas noches a todos —repuso—. Pero, dígame, Dell, ¿qué significa todo esto?

Dell se detuvo sonriendo parpadeante.

—¿Qué le pasa, doctor O'Connor?

—¿A mí? Nada. Estaba leyendo este libro —tomó el que había a su lado y enseñó el título: *La isla del tesoro*, de Robert Louis Stevenson.

El *sheriff* de Unionville estaba por los cincuenta años de edad y era un hombre de mediana estatura, robusto, cabello y bigote blanco.

—¿Dónde están los muertos? —preguntó con su acostumbrada voz agria.

—¿Muertos?... ¿A qué muertos se refiere? —replicó Andy.

El agente Dell estaba con la boca abierta.

El *sheriff* le puso una mano en el hombro.

—Dell, ¿me quieres decir qué significa esto? Dijiste que había dos cadáveres.

—Claro que los había. Los vi con mis propios ojos. Uno ahí, en el diván.

—¿Lo ves ahora?

—Claro que no, *sheriff*. ¿Cree que veo visiones?... Pero yo sé dónde está la rubia.

—¿Dónde?

—Con el otro en la habitación de los huéspedes. Acompáñeme, *sheriff*.

Andy se puso en pie de un salto, interponiéndose en el camino de las autoridades.

—*Sheriff*, no comprendo una palabra. Exijo una aclaración.

El aludido entornó los ojos.

—Doctor

O'Connor,
siempre he sentido una gran admiración por su trabajo.

—Gracias, *sheriff*, me halagan sus palabras.

—Pero no me gustan nada los jaleos, ¿lo oye, doctor

O'Connor?

—A mí tampoco.

—Dell se llegó a la oficina diciendo que aquí había dos muertos, una mujer rubia forastera y ese tipo tan famoso por sus conquistas amorosas, Franklin Milton.

—Tengo que darle una mala noticia, *sheriff*... Hicieron el viaje en balde. Aquí no hay ningún muerto.

Dell intervino.

—Los enterró, ¿eh, doctor?

—Dell, míreme bien a los ojos.

—Ya lo miro. ¿Qué pasa?

—Usted no se encuentra bien... Sus pupilas brillan mucho... Ha ingerido algo.

—*Whisky* —contestó el ayudante del *sheriff*—. Ya se lo dije, jefe, en cuanto se puso a hablar lo olfateé.

Dell saltó.

—Eh, doctor, no diga eso... Yo vi los cadáveres. Me dio un mareo cuando descubrí el de Milton... Está ahí, en esa habitación, y usted lo sabe, doctor...

—Apártese de ahí, doctor

O'Connor

—dijo el *sheriff*.

—¿Es una orden?

—Sí.

—Muy bien. Acostumbro a obedecer a las autoridades. Pero recuerde esto, *sheriff*. Tendrá que responder por esta violación de mi domicilio.

El *sheriff* titubeó unos instantes y finalmente se dirigió al agente.

—¿Insistes en que los muertos están ahí?

—Sí, *sheriff*. Estoy dispuesto a poner las manos en el fuego.

—Vamos entonces.

Dell abrió la marcha y fue él quien empujó la puerta.

Entró en el dormitorio seguido del *sheriff*.

Andy oyó desde el *living* la voz del representante de la ley.

—Dell, creo que te quemaste las manos.

—Jefe, le juro que... —tartamudeó Dell.

—¡Basta ya, Dell!

El *sheriff* y el agente salieron al *living*.

Dell corrió hacia el dormitorio del matrimonio cuya puerta abrió de un tirón. Se coló por el hueco y, transcurridos unos segundos, apareció arrastrando los pies.

—Tampoco están aquí.

—Pero ¿qué es lo que tenía que estar? —preguntó Andy con su voz más ingenua.

El *sheriff* se pasó una mano por la cara.

—Maldita sea, Dell... Nos hiciste venir de Unionville en una noche de perros como ésta. —*Sheriff*, yo le aseguro...

—No puedes asegurar nada, Dell.

Lou Grahame detuvo la mirada en el rostro de Andy.

—A propósito, doctor, ¿dónde está su mujer?

—Se marchó.

—¿Adónde?

—A casa de una amiga.

—¿Qué amiga?

—No lo sé.

—¿No es extraño que no sepa dónde está su mujer?

—Tengo una explicación. —Andy exhaló el aire de sus pulmones y agregó—: Claudia y yo discutimos.

—¿Acerca de qué?

—No es cuestión suya, *sheriff*... ¿o quiere también que le cuente la historia de mi vida? —Cuando una esposa pelea, lo corriente es que se vaya a casa de su madre. Y la de Claudia vive en Unionville.

—Claudia no quiso darle un disgusto a su madre.

—De modo que ella le dijo que no iba a casa de la señora Gilbert.

—Exactamente. Me dijo que no la buscase allí ni en ninguna parte.

El *sheriff* se rascó por detrás de una oreja.

—No me gusta nada esto, doctor O'Connor.

—A mí tampoco me gusta que pongan en tela de juicio mis palabras.

El *sheriff* soltó un gruñido.

—Está bien, doctor, si tiene usted la razón, le presentaré mis disculpas... Vámonos de una vez. Aquí no hacemos nada.

—Yo me largo también, *sheriff* —dijo el agente Dell—. He de hacerme cargo de mi moto.

—Puedes hacer lo que quieras. Ya nos trajiste de cabeza, pero mañana quiero hablar contigo. Preséntate a primera hora en mi oficina.

El *sheriff* Grahame, su ayudante y Dell Mille se dirigieron hacia la salida.

El agente motorista se detuvo antes de llegar a la puerta.

—Eh, doctor, ¿no tiene por ahí una camisa de fuerza?

—Lo siento, Dell, pero todas están usadas...

—Era para usted, doctor. Y por favor, no se ría. Tampoco es un chiste.

Dicho esto, Dell salió en pos del *sheriff* y del ayudante.

Andy se volvió a sentar en el sillón.

Cerró el libro de Stevenson y lo apartó a un lado.

¿Qué hacía ahora? Nyarcos le había dicho que su mujer le sería devuelta al día siguiente a las doce de la noche. Así pues, habrían de transcurrir veinticuatro horas antes de que volviese a ver a su esposa pero ¿qué seguridad tenía él de que volvería a ver viva a Claudia?... ¿Quién era realmente Nyarcos?... ¿En qué clase de lío estaba metido Franklin...? ¿Cuál era el significado de la marca

«G-314»?

¿Y Dorothy Gream?

En su cerebro las ideas estaban en ebullición, pero no lograba obtener una sola respuesta a sus preguntas.

Se levantó y se puso a pasear.

¿Cómo iba a dejar transcurrir veinticuatro horas sin hacer nada? Eso era absurdo. Tenía que rescatar a su mujer.

Pero se detuvo haciéndose otra pregunta. ¿Adónde iba?

Ahora se dio cuenta de que de nada le valdría tomar la decisión de luchar, porque se enfrentaba con un enemigo invisible.

Estaba vencido antes de empezar.

Apretó los puños clavándose las uñas en la carne.

Por último, se dejó caer en el sillón.

Por enésima vez en aquella noche, sonó el teléfono. Andy lo miró con odio.

Alargó el brazo y atrapó el auricular rabiosamente.

—¿Quién llama?

—Doctor

O'Connor,
está usted de muy mal humor.

Era una voz femenina. Una voz desconocida.

—Sí, señorita. Estoy de muy mal humor. Ha elegido el peor momento para hacerme su llamada.

—Yo diría todo lo contrario. Éste es el mejor momento para usted.

—¿Por qué lo cree así?

—Conozco el origen de su mal humor.

—¿Usted? ¿Quién es?

—Simplemente una mujer que quiere ayudarle.

—¿Ayudarme a qué?

—A rescatar a su esposa.

Andy tuvo la impresión de que del auricular emanaba una corriente de alto voltaje que estremecía su cuerpo.

—¿Qué sabe usted de mi mujer?

—Sé lo más importante, que ellos se la han llevado.

—¿Quiénes son ellos?

—Nyarcos y compañía.

—Señorita, dígame su nombre inmediatamente.

La mujer rió por el otro extremo del hilo.

—No me es posible hacer eso y no me pregunte por qué, doctor... Ya lo comprenderá a su debido tiempo.

Andy sintió que por su cara resbalaban gotas de sudor.

—¿Sigue usted ahí, doctor

O'Connor?

—Sí, no me he ido.

—Quiero hacerle una oferta. Usted me ayuda a realizar cierto trabajo y yo le facilito el medio de que usted recupere a su esposa.

—De acuerdo.

—Esta vez no hizo ninguna pregunta respecto a la clase de trabajo.

—Muy bien. Dígalo.

—No ahora, doctor

O'Connor.

—Quiero tener a mi mujer a mi lado cuanto antes.

—Lo supongo, doctor... Usted —quiere mucho a su mujer, ¿verdad?

—¡Sí, la quiero!

—Muy bien, doctor

O'Connor,

en tal caso usted se va a poner en camino inmediatamente para reunirse conmigo.

—¿Adónde he de ir?

—A St. Paul.

—Eso queda a ochenta millas.

—Sí, doctor, pero apuesto a que usted recorre esa distancia volando.

—Muy bien. Suponga que ya estoy en St. Paul. ¿Qué he de hacer? ¿Dónde se encuentra usted?

—Vaya a la calle Leicester, número 196. Es una casa con un jardín. Usted apretará el timbre tres veces.

—¿Estará usted allí?

—Sí, desde luego. Lo recibiré personalmente, doctor. ¿Ha retenido la dirección?

—Desde luego. No se me olvidará.

—Quiero hacerle una advertencia, doctor. Ha de venir solo.

—No se preocupe. Iré sin compañía.

—Y deje también las armas de fuego en su casa.

—Sí, señorita.

—Usted podría caer en la tentación, doctor.

—¿A qué tentación se refiere?

—A avisar a la policía.

—Oh, no, de ninguna manera. Le repito que iré solo.

—Será mejor para usted y para el buen fin de su aventura.

—Cumpliré todas las condiciones.

—Corriente, doctor. Ya puede ponerse en camino, pero asegúrese de que nadie lo sigue... Si alguien viniese con usted pisándole los talones, de nada le valdría decirme que usted lo ignoraba... ¿Lo ha comprendido, doctor

O'Connor?

—Sí, señorita.

La desconocida colgó y Andy lo hizo a continuación. Bien, tenía opción a luchar por Claudia.

CAPÍTULO IX

Había dejado de llover.

La calle Leicester estaba pobremente iluminada.

Los trechos cercanos a los faroles brillaban como el charol.

Andy estacionó el coche junto al número 196. Era una casa con jardín.

O'Connor permaneció en el asiento unos instantes, mirando la casa que estaba envuelta en la oscuridad.

Finalmente se decidió a salir del automóvil y echó a andar.

Abrió la cancela del jardín, que soltó un pequeño chirrido.

Recorrió un camino de cemento, subió al porche y pulsó el timbre de la puerta.

Se iluminó la ventana que había a la derecha y luego Andy oyó el repiqueteo de unos tacones.

La puerta se abrió, y Andy vio enmarcada una pelirroja de fantástica figura. Su rostro era bellissimo, ojos almendrados, de un verde muy claro. Sé cubría con una blusa roja y pantalones negros.

—Soy el doctor

O'Connor.

La joven le sonrió.

—¿Se atuvo a las instrucciones?

—Desde luego. Nadie vino detrás de mí ni tampoco dejé a nadie escondido en el coche.

—Muy bien. Puede entrar.

Andy pasó junto a la joven y aspiró su perfume. Era del bueno. Del caro.

En el *living* ella le señaló un sillón.

—Siéntese, doctor

O'Connor.

Éste ocupó el sillón, pero ella se quedó en pie.

—¿Tomará *whisky*, doctor?

—No, gracias.

—¿Por qué no?

—Tengo prisa por rescatar a mi mujer.

—Al parecer está muy enamorado de ella.

—Sí, mucho, señorita...

—Llámeme Judith, al menos provisionalmente.

—Muy bien, Judith. ¿Dónde está mi mujer?

—En un lugar muy cercano de aquí.

—De modo que está en St. Paul.

—Sí.

—Dígame concretamente en qué lugar de St. Paul.

—Todavía no, doctor

O'Connor.

—Ah, sí, debo realizar un trabajo. Dígame cuál.

La muchacha se marchó hacia un mueble bar y alcanzó una botella de *whisky*.

—¿De verdad no quiere beber?

—No.

—Ya entiendo, cree que lo puedo envenenar o dar un soporífero.

—Tratándose de ustedes, los espías, no me extrañaría nada y yo necesito estar muy despierto.

—¿Ya estableció mi identidad?

—Ustedes se comportan como espías, de modo que, también provisionalmente, les colocaré la etiqueta, a menos que usted me demuestre lo contrario.

—No tengo el menor interés en demostrarle lo contrario, doctor

—repuso la pelirroja mientras servía una ración de *whisky* en un vaso muy alto.

Se volvió con el vaso en la mano y bebió un trago sin dejar de mirar a su visitante. Luego echó a andar hacia el sillón que ocupaba Andy. Lo hizo con mucha suavidad, se sentó en el brazo.

Andy tuvo que retirar la mano para que no se la atrapase con el muslo.

—Doctor

O'Connor...

Andy levantó la cabeza.

—Diga, Judith.

—¿Qué es lo que le dijo Dorothy Gream?

—No la comprendo.

—Dorothy Gream fue la rubia que usted recibió en su casa, la que dijo que se le había estropeado el coche.

—Parece estar muy bien enterada de lo que ocurre en mi propia casa.

—Nosotros nos informamos perfectamente de las cosas que nos interesan, Andy... Le puedo citar un ejemplo. Andy

O'Connor,

nacido el 8 de mayo de 1937, en Copperville (Kentucky), hijo de Paul

O'Connor,

salchichero... Estudió en la escuela de enseñanza media de Copperville. Por sus brillantes notas obtuvo una beca de la fundación Gillmore para la Universidad de Harvard... Se graduó en la Facultad de Medicina en el año 1960. Sirvió como doctor en la Armada durante tres años. En el curso de unas vacaciones conoció a Claudia Gilbert, con la que se casó. Es un hombre competente como médico y con un gran futuro.

—Es usted muy amable, Judith, pero ¿a qué viene ese interés por mí?

—Usted está jugando un importante papel en cierto asunto.

—Y yo sin saberlo.

—La vida es así, doctor. Nos depara sorpresas continuamente. Pero volvamos al punto de partida... ¿Qué le dijo Dorothy Gream antes de morir?

—Nada. No me dijo nada.

—Doctor, ése no es el camino.

—¿Qué quiere que le diga si Dorothy murió sin pronunciar una sola palabra?

—Doctor, tenemos la plena seguridad de que Dorothy llegó viva a su casa.

—Sí, pero murió mientras mi mujer y yo la trasladábamos al diván.

—Qué casualidad —dijo Judith y bebió de su vaso—. ¿Quiere sostenerlo, doctor?

O'Connor

tomó el vaso.

Entonces la pelirroja se agachó sobre él y lo besó en la boca.

—Andy, es usted muy atractivo.

—Una cosa vulgar...

—No, Andy, en sus ojos hay algo...

—¿Usted cree?

—Brillan de una forma especial, acarician.

—Los suyos no se quedan atrás. Mire, ya tengo la piel de gallina...

—Andy, una voz interior me dice que es usted el hombre de mi vida...

—Amordácela. La está engañando.

—Andy —dijo ella y lo besó otra vez.

—Judith...

—¿Sí?

—Hágame un favor...

—Todos los que tú quieras, Andy... —murmuró ella con los labios pegados a los de él.

—Busque otra posición porque, si continúa así, me va a dar tortícolis.

Los ojos de Judith chispearon por un momento, pero luego sus labios esbozaron una sonrisa. Saltó del sillón, y se puso de rodillas ante Andy.

—Andy, tienes que ayudarme... Me encuentro en una trágica situación... Me matarán.

—¿Quiénes?

—Unos hombres terribles. Acabarán conmigo si no les digo lo que quieren saber.

—¿Qué quieren saber?

—Lo que te dijo Dorothy antes de morir.

—Tengo una solución, llégate corriendo a la policía y cuéntalo todo.

—Oh, no, Andy, no puedo hacer eso. No me dejarían nunca llegar a la policía... Esos hombres son dueños de todos los resortes... Sólo existe una forma de librarme y tú ya sabes cuál es...

Andy apuró el contenido del vaso. Luego chascó la lengua.

—Judith, eres una chica muy mona.

—Oh, Andy...

—Sí, nena... Al molde con que te hicieron no le faltaba nada. Por eso saliste tan preciosa. Pero, si esperas que yo te diga algo, es que eres más tonta de lo que normalmente es una mujer hermosa.

Judith se puso en pie. Estaba furiosa, los puños apretados, los ojos despidiéndole llamas.

—¡Tienes que decírmelo, Andy!

—Nones.

—Pensé que serías un hombre comprensivo.

—Y lo soy, cariño... Lo he comprendido todo. Tú formas parte del grupo. Cuando me hablaste por teléfono sólo pensé en rescatar a mi mujer. Por ello me puse en camino y vine a toda, velocidad, como tú dijiste... Pero ahora ya sé de qué lado estás. Tú formas parte de un grupo rival del de Nyarcos, y no sois vosotros quienes tenéis a mi mujer, sino Nyarcos.

Andy se levantó y dejó el vaso en la mesa ratona.

—No puedo hacer nada por ti, Judith.

—Eres un estúpido, Andy. Tienes que cantar.

—Sólo toco el violín.

En aquel momento Andy oyó una voz a su espalda.

—Aquí tiene el instrumento, doctor

O'Connor.

Andy volvió la cabeza y vio a un hombre que había salido de una habitación. Tenía una pistola en la mano. Estaba por los cuarenta años y era delgado, de ojos saltones.

—¿Quién es usted? —inquirió Andy.

—Me presentaré, doctor. Soy Will Garden. Algunos me llaman Will *el Funerario*.

—¿Qué tal le va el negocio de los ataúdes?

—Muy bien. Tengo la impresión de que esta noche voy a colocar uno a cierto cliente. A usted.

—No sea tan optimista, Will... Me observé hace unos días y tengo una salud de hierro.

—No se pase de listo, doctor. Esto es una pistola y hace pum. ¿Quiere comprobarlo?

—No, Will. No me siento con ganas en este momento.

—Entonces, atienda a Judith.

—Seguro que la atenderé. Lárguese y ella y yo empezaremos el romance.

Will apretó los dientes.

—Ya se lo advertí, doctor. Se la está ganando —levantó la pistola.

—No le diré una palabra acerca de lo que quiere, de modo que puede disparar, Will.

—Oiga, usted está loco. ¿Lo estás viendo, Judith? Este tipo sería capaz de recibir dos balas.

—Yo sé por qué lo hace —dijo Judith—.

O'Connor

piensa que su mujer sólo se salvará si él guarda silencio.

—¿Qué hacemos, nena?

—No podemos decidir. Tendrá que hacerlo el jefe por nosotros —se acercó al teléfono y marcó un número—. ¿Rex? Aquí Cleo 03 924...

Atrapamos al señor Conejo. Pero se comió la lengua... No dio resultado... Prefiere el purgante... Sí, Rex, esperaremos.

Judith colgó, se volvió hacia

O'Connor

y dijo:

—Tú te lo has buscado, Andy.

—¿Qué es lo que me he buscado?

—Dentro de un rato vendrán aquí otras personas.

—Una fiesta, ¿eh?

—Sí, por todo lo alto y tú vas a ser el homenajeado.

Andy estaba mirando por el rabillo del ojo a Will Garden. Tenía que escapar de allí antes de que llegasen los otros. Se había metido en la boca del lobo llevado por su impulso de rescatar a Claudia, pero ahora estaba claro que si aquella gente se ponía en marcha, sólo lograría poner en peligro la vida de Claudia.

—No debías haberte molestado tanto, Judith —repuso—. Soy un hombre muy modesto. Me pongo colorado cada vez que una persona habla de mí en público.

Saltó sobre Will Garden.

Había calculado bien la distancia.

Esperó oír un estampido. Habría significado el fin de su vida, pero su mano atrapó la muñeca de Will sin que éste hubiese hecho fuego.

Al tiempo que caía dio un tirón fuerte.

Will lanzó un grito mientras volaba por el aire.

La pistola cayó al suelo.

Andy fue a parar cerca de Will y fue el primero de los dos en recuperarse. Vio ante sí la cara de su enemigo y le soltó un puñetazo.

Will recibió el golpe entre los dos ojos y se derrumbó quedando inerte.

De pronto Andy oyó una carrera a su espalda. Miró hacia atrás y vio que la pelirroja se estaba inclinando sobre la pistola.

Saltó como impulsado por muelles metálicos sobre Judith.

La joven ya tenía la pistola en la mano pero, cuando fue a volverse, Andy cayó sobre ella y los dos rodaron por la alfombra.

La «Luger» quedó otra vez sin dueño.

La pelirroja soltó un zarpazo y Andy sintió cómo las uñas femeninas le desgarraban la piel del cuello.

La apretó férreamente por las muñecas contra el suelo.

—Quieta ya, fiera.

—Suelta, bastardo... ¡Me haces daño!

—Ahora estás en tu propia salsa —sonrió Andy—. Así me gustas un poco más.

—Intenta hacerme el amor y te rompo la crisma.

—Eso es lo que tú quisieras... Te pusiste muy dulce antes... Y, para ti, hacer el amor no tiene valor alguno.

—No me insultes.

—Perdona, duquesa, pero lo que yo quiero de ti no son besos, sino secretos.

—¿Secretos? No sé de qué me hablas.

—¿Qué clase de lío es éste?

—Es como si me hablastes en japonés.

—Escucha, Judith. Mi mujer está en peligro y puedo perderla. Sería incapaz de hacer daño a una dama como tú, pero en las presentes circunstancias no dudaré en marcarte la cara si no me dices la verdad.

—No te atreverás.

Andy hizo un movimiento rápido con la mano y sacó de su bolsillo una navaja de resorte que hizo funcionar.

Sonó un chasquido y apareció una hoja de acero muy aguda.

—Esto lo llevo siempre conmigo por si me olvidase el bisturí

Judith. ¿Quieres que te deje sin orejas? Será el comienzo —levantó ligeramente la mano sobre la oreja de la pelirroja.

—¡No, Andy, espera!

—Habla rápido. No podemos estar así toda la noche.

—Todos vamos detrás de lo mismo.

—¿De qué?

—La fórmula

3-H

2-R.

—¿Qué significa eso de

3-H

2-R?

—Una nueva forma de hacerse los huevos revueltos.

—Fuera bromas, nena.

—Los huevos revueltos, en nuestro argot, significa una determinada clase de cohete con cabeza de buey.

—E imagino que la cabeza de buey también tendrá otro significado en vuestro argot. —Sí. Son cabezas atómicas.

—Magnífico. Empezamos a entendemos.

—No te valdrá de nada.

—¿Quién tiene la fórmula

3-H

2-R?

—Franklin Milton, pero nadie sabía dónde la depositó.

—¿Qué papel jugaba Dorothy Gream?

—Formaba parte de uno de los muchos grupos que vamos detrás de la fórmula.

—Ya entiendo, sois distintas partidas, cada cual va a la suya, y el que se pone delante de una pistola o de un cuchillo se larga al otro mundo.

—Trabaja para nosotros, Andy.

—¿Quiénes sois vosotros?

—Los más fuertes.

—¿Quién es vuestro jefe?

—No necesitas saberlo.

—Deja que sea yo quien decida.

—Oye, Andy, aunque no lo creas, tampoco yo conozco a nuestro cerebro gris.

—Llamaste antes a Rex. ¿Quién es?

—La cabeza visible, pero no el jefe.

—¿Quién mató a Milton, Judith?

CAPÍTULO X

—No lo sé, Andy, no sé quién mató a Franklin Milton... Pudo ser cualquiera. Milton era el hombre a quien había que estrujar como un limón porque él era quien poseía el secreto de la fórmula 3-H 2-R.

—¿De dónde la sacó él?

—Un espía se vale de medios muy personales para lograr su objetivo. Ya puedes estar seguro de que sólo Milton podría responder a esa pregunta.

—Después que asesinaron a Milton, mi casa se convirtió en un parque de atracciones. Primero llegó Dorothy Gream, luego dos hombres que se hicieron pasar por policías... Si ninguno de ellos asesinó a Milton, ¿cómo supieron que el asesino no se llevó la fórmula?

—No puedo contestar a esa pregunta.

—Pero estás pensando lo mismo que yo. Milton guardó la fórmula en mi casa.

—Quizá sí.

—Entonces Milton la conservaba encima de su cuerpo.

—¿Qué dices?

Los falsos policías se la llevaron.

Andy estaba recordando el tatuaje de Milton. G-314. ¿Querría decir el lugar donde había escondido la fórmula? Aquello era un verdadero jeroglífico, pero estaba seguro de que al lado de Judith no podría descifrarlo.

—Está bien, Judith, pongamos punto final a todo esto. Ahora necesito saber dónde está mi mujer.

—Lo ignoro.

—Tú sabías que la había secuestrado Nyarcos.

—Lo supimos por casualidad.

—Cuéntale eso a quien lo quiera creer. Estáis informados del lugar donde se encuentra Nyarcos... Has de decírmelo.

La puerta se abrió de golpe.

Dos hombres penetraron en el *living* con la pistola en la mano.

El más bajo de los dos ladró:

—Deje a la chica,

O'Connor,

o le vuelo la cabeza.

Andy soltó una retahíla de imprecaciones por entre los dientes.

Se había demorado un poco, o quizá no tuvo en cuenta que aquellos hombres llegarían tan pronto a la casa. Otra vez estaba como antes.

La pelirroja le pegó un rodillazo en el estómago para quitárselo de encima y se puso en pie arqueando los dedos como una gata.

Se oyeron pasos fuera y por el hueco entró un hombre que debía pesar ciento veinte kilos. Se cubría con un traje oscuro a rayas y en su pequeña boca tenía un cigarro del tamaño de un clarinete. Sus ojos eran pequeños y del color del agua estancada.

Cerró tras de sí y se quitó el clarinete de la boca. Entonces habló y sus palabras parecieron salir por un amplificador con muy poco voltaje.

—Un saludo a todos... Nena, ¿te hizo daño...?

—Si tardáis un poco más, me corta una oreja.

—¡Oh! —dijo el gordo—. Una perrita sin orejas resulta desagradable... Doctor, debería darse cuenta de que no se encuentra usted en el quirófano.

Andy se dirigió a Judith.

—¿Quién es el puerco?

Uno de los tipos con pistola dio un paso y movió rápidamente la mano.

Andy se echó atrás, pero no pudo evitar que el cañón le alcanzase entre la oreja y el cuello. Dio un traspiés y se fue contra la pared ahogándose.

Se masajeó el cuello hasta que pudo llevar aire a sus pulmones.

El gordo rió estremeciendo la grasa que rodeaba su esqueleto.

—Doctor, es usted corajudo... Me presentaré. Soy Rex von Salomon... Judith ya me dijo que usted no quería hablar... Cuánto

lo siento... A estas horas acostumbro a dormir, doctor... No me gusta trasnochar... Soy un tipo que debe cuidarse mucho —dio un suspiro—. Y ya ve usted, por su culpa he tenido que abandonar la cama.

—Por mí puede regresar a su dormitorio y por favor, cuando llegue allí, ahórquese con la sábana.

Rex von Salomon empezó a enrojecer.

—Doctor, no me decepcione. Usted cursó sus estudios en Harvard y esa Universidad tiene fama de ser la que inculca los más finos modales del país.

—Oh, perdone, señor Von Salomón. No sabía que me las tuviese que entender con un hombre tan educado... Apuesto a que, cuando tiene que estrangular a alguien, lo hace con los guantes puestos.

—Oh, no, doctor. Usted se equivoca. Yo no he matado nunca a nadie. Pago para que maten, pero debo confesarle que lo hago con mucho pesar... Amo la vida... Me gustan las criaturas que son perfectamente hermosas... Ahí tiene a un ejemplar digno de la especie... A Judith... Es como una estatua griega... ¿No lo cree así?

—Disculpe, Von Salomon, pero yo, hasta ahora, sólo la vi con ropa.

—Tiene usted muy buen humor, señor O'Connor, y siempre me he entendido con las personas joviales... Espero que comprenda su situación.

—La comprendo perfectamente.

—Lo celebro mucho, doctor... Después de todo, nosotros queremos muy poco de usted. Simplemente que nos diga el mensaje que le transmitió Dorothy Gream.

—¿Cómo sabe, que me transmitió un mensaje?

—Es muy sencillo, Dorothy Gream estaba moribunda cuando escapó del hombre que la tenía en sus manos...

—Confiesa que uno de sus muchachos la mató.

—Mis órdenes fueron mal interpretadas por ese hombre, pero ya no volverá a equivocarse.

Los ojos de Von Salomon miraron fríamente la ceniza del cigarro y agregó con voz lúgubre:

—Sí, doctor, el hombre que mató a Dorothy tuvo el digno final que merecía. En este momento descansa dentro de un barril de

cerveza... Él era un gran bebedor y yo le dije hace algún tiempo: «Johnny, te prometo que un día tendrás todo un barril...» —sonrió mirando a Andy—. Siempre cumplo mis promesas.

—¿Se la bebió toda?

—No lo sé. Lo comprobaremos más tarde. Dos de mis hombres lo metieron dentro del barril y clavetearon la tapa.

—Caramba, usted debiera dedicarse a la exportación de cerveza. Deje quieto el barril unos cuantos años y tendrá una gran solera.

—Doctor

O'Connor,

aprecio mucho sus chistes, pero quisiera irme pronto a la cama.

Andy cruzó los brazos.

—Le voy a repetir lo mismo que le dije a uno de sus empleados, a Will *el Funerario*. No diré una sola palabra.

—De modo que está dispuesto a morir antes que abrir la boca.

—Seguro, Von Salomon... Ya puede decir que aprieten el gatillo, ¿o también eligió para mí un barril de cerveza?

Von Salomon rió suavemente.

—No, señor

O'Connor.

Usted no puede morir tan fácilmente como ellos porque, ahora, estoy convencido de que usted posee el secreto que nosotros queremos conocer.

—Ya entiendo. Me va a atormentar.

—No, doctor. No hará falta. Debo advertirle algo. Yo soy colega de usted, aun cuando no me gradué en una Universidad americana. Cursé mis estudios en una vieja facultad europea... No me he dedicado a atender enfermos como usted. Empleé mis esfuerzos en especializarme en algo mucho más productivo...

—¿En qué se especializó, doctor Von Salomon?

—En las drogas.

—Comprendo. Es mejor negocio.

—Sí,

O'Connor.

Naturalmente, usted, como profesional, sabe los efectos del pentotal...

—Se puso de moda hace algún tiempo. Hasta los profanos conocen los efectos de esa droga.

—El pentotal ha sido superado. Hay una droga mucho más fuerte que ella. Ha sido aplicada con notable éxito siempre y ésta es la mejor oportunidad que se me brinda para conocer su efectividad.

Will *el Funerario* volvió en sí y empezó a ponerse en pie.

—¡Maldito sea, doctor, le voy a hacer pedazos!

—Quieto, Will —ordenó Von Salomon.

—El tipo me pegó, jefe.

—Yo debería darte un escarmiento por haber consentido que te tomase el pelo. Quiero hombres eficientes a mi lado y no estúpidos que se dejan engañar como chiquillos.

—Perdone, jefe.

—¡Basta ya de excusas, Will! Eres un inútil.

—Sí, Will —dijo Andy—. Debes andarte con cuidado o acabarás hinchado de cerveza como un sapo.

El hombre que lo había golpeado con la pistola se dispuso a repetir el castigo, pero esta vez Andy estaba preparado. Burló el cañón que iba camino de su cráneo y replicó con un derechazo que llegó limpiamente al estómago del matón.

El tipo cayó hacia adelante, y Andy lo cazó con el filo de la mano en el cogote.

Andy pensó que, tal como estaban las cosas, era preferible luchar por su libertad. Conocía los efectos del pentotal. Lo convertían en un muñeco sin voluntad. Lo soltaría todo y ya podía estar seguro de que entonces Claudia sería muerta.

Por ello saltó sobre el otro hombre armado, pero Will *el Funerario* intervino pegándole una patada en la ingle.

Andy no llegó a alcanzar al otro gorila y cayó en el suelo lanzando un juramento.

Luego algo estalló en su cráneo.

Todo se puso muy negro a su alrededor. Sobre aquella mancha empezaron a brillar las estrellas. Las había de todos los colores. Amarillas, rojas, anaranjadas...

Pensó que lo habían lanzado por equivocación de Cabo Cañaveral y que ahora era un satélite que circunvalaba la Tierra. Un satélite gélido navegando sobre un mundo negro y frío.

Judith se dirigió a Von Salomon, quien había utilizado la hipodérmica en el cuerpo inmóvil de Andy.

—¿Dará resultado, Rex?

—Le he dado una buena carga.

—¿Cuándo volverá en sí?

—Dentro de un par de minutos.

La joven dio una chupada al cigarrillo que sostenía con la diestra.

Andy estaba tendido en un diván, con el brazo desnudo.

Rex von Salomon recuperó su cigarro y dirigió una mirada a los dos hombres que estaban al lado de la puerta esgrimiendo la pistola.

—Ya no hacen falta las armas. Guardadlas.

Will Garden miraba con la boca abierta al prisionero.

—Eh, jefe —dijo—. ¿Es cierto lo que se cuenta acerca de esa inyección?

—Tú mismo lo comprobarás, Will.

—¿La inyectó alguna vez?

—¿Recuerdas a Kathy?

—¿Cómo no voy a recordarla, jefe? Demonios, qué lástima de nena... Tenía curvas para marearse.

—Pero se creyó muy lista y nos traicionó en el asunto del nuevo modelo de submarino atómico. Le encargué que atrapase los planos y, en lugar de entregármelos a mí, quiso venderlos por su cuenta. Kathy quiso continuar su juego hasta el final y vino a verme a mi casa. Dijo que no había conseguido los documentos, pero yo imaginé que los tenía en su poder, escondidos en cualquier parte. Ordené a dos hombres que la sujetasen y entonces le metí el jeringazo. A los diez minutos Kathy estaba diciendo dónde tenía los planos... Pobre Kathy... Le dije a los muchachos que se deshiciesen de ella. No me di cuenta de que uno de ellos era Ben *Spot el Barbero*. El bueno de Ben usó su navaja de afeitar y con un tajo acabó la historia de Kathy.

En aquel momento, Andy empezó a moverse.

—Eh, jefe —dijo Will—. Ya vuelve en sí.

Andy abrió los ojos y dirigió una mirada en su alrededor.

—Un trago, por favor —gimió.

—Ya beberá agua después.

—¿Quién hablaba de agua? Es *whisky* lo que yo necesito... y para después una mujer...

—Oh, jefe —dijo Will—. ¿Está seguro que le dio la droga buena?

—Calla, estúpido —ordenó Von Salomon.

Will se echó un punto en la boca porque el jefe gastaba bromas muy pesadas cuando perdía el control de los nervios.

Andy se tomó la cabeza con las manos.

—¿Quién me ha puesto sobre los hombros un pepino?

—Doctor

O'Connor

—dijo Von Salomon—. ¿Sabe quién soy?

Andy lo miró a la cara con los ojos entornados.

—Claro que sí... Usted es la señora Roberts... ¿Qué tal le fueron las últimas píldoras que le receté para la obesidad?

Von Salomon se puso violeta.

—¡Doctor!

—Apenas puede respirar porque le aprieta mucho la faja... ¿No le dije que se la quitase, señora Roberts?

Will chascó la lengua.

—Usted dirá lo que quiera, jefe, pero este tipo dice cosas muy raras.

—¡He dicho que calles, Will! Muchachos, si vuelve a hablar le dais un par de comprimidos.

Los verdugos que estaban detrás hicieron gestos afirmativos.

Von Salomon se echó a reír.

—Es usted un hombre con carácter, doctor

O'Connor.

Sabe perfectamente que le hemos inoculado la droga. Pero está luchando... Su cara está bañada por el sudor... Es la pelea que está sosteniendo contra su voluntad... La droga se apodera de ella, pero usted no quiere... Está cometiendo un error... Se está destrozando inútilmente... No podrá vencer a la droga.

Andy respiraba entre jadeos.

—Váyase al infierno, Von Salomon.

—Conque ya me reconoce, ¿eh? He dejado de ser la señora Roberts.

—Aléjese de mí, rana peluda.

Andy se debatió en la cama.

Von Salomon soltó una risita.

—Es inútil, doctor... Usted ya está derrotado... porque se consume por dentro intentando oponerse a los efectos de la droga... Usted nos contará todo lo que nosotros queramos... Nos dirá la verdad.

—¡Yo lo hice, profesor! —gritó Andy con los ojos cerrados—. ¡Yo le puse la paloma dentro del pupitre!

—Eh, ¿qué es lo que dice ahora este tipo? —dijo Will.

—Calla, imbécil. Está recordando sus tiempos de estudiante. Un hombre bajo los efectos de esta maravillosa droga confiesa los engaños que ha realizado durante su vida.

Andy se estremecía apretándose las solapas de la camisa. El sudor le resbalaba por la cara y por el cuello.

—No, nena, te he mentado... No eres la única mujer a la que he amado... Antes quise a Mary, a Lou, a Sheyla ya tu prima Carlota... Querida, ¿qué podías esperar de un muchacho de trece años...?

—Eh, jefe, este tipo es un animal —dijo Will—. Si está ahora en los trece años, pasarán varios días hasta que llegue a los tiempos actuales.

Von Salomon apoyó su zarpa en el hombro de Andy y lo zarandó.

—

O'Connor,

—deja la niñez y avanza hacia el presente.

—No se haga la cirugía estética, señora McGerr. Lo de usted es irremediable. Es fea y la pondrán peor... Querida Claudia, yo sólo visito a la señorita Williams como paciente... Admito que es hermosa, pero sólo me preocupa su salud...

—Ya está llegando —dijo Will—. Un poco más.

Von Salomon zarandó de nuevo a Andy.

—Vamos, doctor

O'Connor,

tiene que decirnos lo que a mí me interesa...

—No lo votaré a usted porque es un indecente... No será usted alcalde, señor Thompson. —Váyase al infierno,

O'Connor...

Está hablando conmigo, Rex von Salomon, y no con ningún Thompson.

Andy se debatía cada vez más angustiado. Ahora se había atrapado el cuello. Se ahogaba por momentos. Tenía los ojos cerrados y su camisa estaba empapada en sudor.

—¡Tiene que decirlo, Andy! ¿Me oye? ¡Dese prisa y acabaré con su tormento!

Andy hacía rechinar los dientes pero, de vez en cuando, los tenía que separar para dejar paso al aire.

—¡Culebra a la panameña! —gritó.

CAPÍTULO XI

—¿Es cierto lo que he oído? —exclamó Will—. Ha dicho culebra a la panameña.

—Sí, imbécil —repuso Von Salomon—. Es lo que ha dicho. Está desvariando.

—Quiero una culebra a la panameña —repitió Andy.

—Está claro, jefe —dijo Will—. Este tipo ha estado en Panamá. Hay indígenas que comen serpientes. Lo leí en un libro... Dicen que está muy buena...

Von Salomon hizo un gesto de rabia.

—

O'Connor,

no agote mi paciencia. ¿Qué es lo que le dijo Dorothy Gream con respecto a la fórmula 3-H 2-R?

—Cuidado con el hombre de las gafas oscuras... Asesino.

—Ése es Nyarcos, Rex —dijo Judith.

—Lo cual prueba que Dorothy Gream le transmitió su mensaje a Andy tal como sospechábamos...

¡O'Connor,

tiene que decirlo!

En la cara de Von Salomon había ahora una mueca infrahumana.

Andy se estremecía como un poseído.

—Hable,

O'Connor

—exclamó Von Salomon y le pegó dos bofetadas.

—No me pegue, señor profesor... No pude aprender la lección de solfeo.

—Ha retrocedido otra vez a su infancia —dijo Will.

Andy lanzó un grito y se relajó quedando inmóvil.

—Ha muerto —dijo Judith.

Von Salomon puso la mano sobre el pecho de Andy.

—No. Su corazón late, aunque un poco débilmente.

—Dele algo para reanimarlo.

—No puede ser. Está agotado... Hemos de esperar a que se recupere un poco... Entonces le pondremos otra inyección... Le arrancaré la piel si no dice lo que yo quiero. Vosotros os quedaréis aquí vigilando. Yo me vuelvo a casa. Tengo ganas de dormir —se dirigió a los dos hombres de la pistola—. Me respondéis de O'Connor

con vuestra cabeza, Butler. —Descuide, jefe— dijo el más alto. — Encontraré aquí a este hombre cuando vuelva—. Vendré a media mañana para hacer la segunda prueba.

Judith acompañó a Rex hasta la puesta. Allí Von Salomon la enlazó por la cintura.

—Quizá se te ocurra a ti algo para que el muchacho confiese... Recuerda que vas a ganar mucho con esto... Veinte mil dólares.

—Dijiste que me darías treinta mil, Rex.

—Está bien, nena. Si dije treinta mil, no será un centavo menos.

Besó a Judith en la comisura de la boca y salió de la casa.

* * *

Andy tuvo la impresión de que flotaba sobre una nube.

Pero la nube era muy estrecha. Si se movía a un lado o a otro caería al vacío. Tenía que aferrarse fuertemente a ella.

La nube, que había corrido velozmente durante un millón de años, empezó a detenerse. Andy sentía una extraña sensación por todo el cuerpo, como si estuviese hueco.

Se dijo que estaba soñando y que todo aquello no era real.

Tenía que hacer un esfuerzo para despertar. Cuando lo consiguiese, estaría otra vez en la tierra, junto a Claudia.

Valía la pena intentarlo.

Pero ¿por qué Claudia no le ayudaba? ¿Por qué ella no le acariciaba la cabeza como otras veces había hecho cuando estuvo enfermo? Claudia poseía unos dedos maravillosos que acariciaban cada vez que le tocaban la piel. No podía estar muy lejos.

—¡Claudia! —La llamó.

Le respondió una voz.

Era la suya. El eco.

Abrió los ojos.

No era una nube lo que tenía debajo, sino una cama.

Se movió un poco y eso le sirvió para saber que no estaba equivocado.

El somier crujió. Era un viejo somier.

Pero él, Andy, era un prisionero. Ahora estaba seguro de que continuaba en poder de Rex von Salomon. Y un prisionero no merecía mejor trato.

Se encontraba en una habitación. A solas.

Fue a incorporarse y oyó el ruido de una cadena que le habían puesto al tobillo. La cadena estaba sujeta por el extremo a la pata de la cama.

Una puerta se abrió al fondo. Oyó unos pasos y vio aparecer a Judith. Tenía un cigarrillo entre los labios.

Se detuvo y puso un brazo en jarras. Estaba muy bonita así, los ojos llenos de regocijo, media sonrisa en la boca.

—¿Cómo estás, doctor?

—Amargado... Quiero un bombón.

—Aquí me tienes a mí. —Los prefiero de los otros.

—Si fuese tu mujer, no dirías lo mismo.

—Judith, no discutamos ese tema.

—Muy bien, pasaremos a otro. Tengo una oferta que hacerte. Tú y yo podemos marchar juntos en este negocio.

—¿De qué forma?

Judith miró a sus espaldas asegurándose de que la puerta estaba cerrada. Luego dio un paso hacia la cama y habló con voz más baja que antes.

—Tú y yo podemos conseguir la fórmula por nuestra cuenta... Conozco al hombre que se la comprará a nuestro jefe. Me puedo entender directamente con él.

—¿Y qué ganaríamos con eso?

—Medio millón de dólares. La mitad para cada uno.

—No está mal.

—Sabía que te gustaría.

—Está bien, nena. Trato hecho. Suéltame.

—Primero me has de decir dónde está la fórmula.

—¿Crees que soy idiota, Judith?

—¿Qué seguridad tengo yo de que no me vas a engañar?

—Los dos correremos un riesgo. También a partes iguales.

—No, Andy. Tú hablarás primero.

—Pareces olvidar que yo soy el que está encadenado. Supón que te lo dijese. No podría defenderme si tuvieses la idea de liquidarme... No, nena, debes hacerte cargo de las circunstancias.

La joven se quitó el cigarrillo de los labios.

—Debería quemarte los ojos.

—¿Qué ganarías con dejarme Ciego?

—Apuesto a, que hablas cuando te veas con un solo ojo sano.

—Prueba, nena.

Judith lo miró fijamente unos instantes y acercó el cigarrillo encendido a la cara de Andy. Pero se lo puso entre los labios.

—Tú ganas, Andy —dijo con una sonrisa.

O'Connor dio una chupada al cigarrillo y expulsó el humo por los agujeros de la nariz.

—¿Tienes ahí la llave del grillete?

—Sí, me encargué yo de ella.

Judith sacó la llave del escote y sólo invirtió un minuto en dejar libre la pierna de Andy. Éste se frotó el tobillo.

—¿Cuántos tipos hay fuera, Judith?

—Willy y los otros dos, que son los más peligrosos. Serían capaces de matar a un anciano si con ello fuesen a ganar una moneda de diez centavos.

—No lo dudo. Por eso necesito una pistola.

—Tengo una en mi bolso.

—Debiste traerla.

—Iré a por ella.

La joven se dirigió hacia la puerta y salió rápidamente.

Andy saltó de la cama y llegó ante la puerta, miró por la cerradura. A través del hueco pudo ver a Will, que estaba sentado ante una mesa, con los pies puestos sobre ella mientras despachaban un vaso de *whisky*.

Los otros esbirros estaban fuera de foco.

De pronto oyó la voz de uno de ellos.

—Eh, nena, ¿adónde vas?

—Voy a entrar ahí para hablar con el prisionero.

—¿Otra vez?

—He de lograr que cante.

—No pudiste convencerlo con tus guiños la primera vez, ni tampoco lo consiguió el jefe con su droga.

—Lo intentaré otra vez.

La joven continuó andando.

—Eh, Judith, ¿qué llevas en ése, bolso? —preguntó la misma voz de antes.

—Voy a maquillarme un poco.

—Pues vete al cuarto de baño.

—Quiero hacerlo ahí dentro, ¿te importa?

—Claro que me importa. Ya lo has oído.

—Tú no me das órdenes a mí, Butler. Eso le corresponde al jefe.

—Nena, cuando hay prisioneros, me hago cargo de ellos y, en ausencia del jefe, soy yo quien da las órdenes. ¿Está eso claro o necesitas que te haga un tatuaje en la piel?

Andy comprendió que la joven iba a cometer un error. Seguro que sacaría ahora la pistola. No podía esperar más.

Abrió la puerta en el momento en que Judith sacaba la mano del bolso con el arma.

Will *el Funerario* y los otros dos hombres quedaron inmóviles al ver a Judith con una pistola y a

O'Connor

en el hueco de la puerta.

—Maldita sea, ¿qué significa esto? —exclamó Will.

—Está bien claro, ¿verdad? —repuso Judith—.

O'Connor

y yo jugamos en el mismo equipo.

—¡Traidora! —exclamó Butler y tiró de la pistola que tenía bajo la axila.

Su compañero hizo lo mismo.

El arma que manejaba Judith se puso a tronar.

Pero una fracción de segundo después también escupían plomo los cañones del otro lado.

Andy se había lanzado sobre Will y, como la primera vez, también en esta ocasión se lo llevó consigo rodando por el suelo. Pero ahora Will no perdió la pistola y envió plomos a Judith. Luego

se revolvíó para pasaportar a O'Connor.

Ya no se oían tiros y Andy no quiso que Will rompíese el silencio con su pistola.

Pero Will le pegó un rodillazo en el vientre.

Andy llegó muy lejos. Fue a parar junto a Judith, que estaba inmóvil. Will ya empezaba a volverse con la pistola en la mano.

Ahora ya no tenía tiempo para arrojarle sobre él.

Su mano tocó una pistola, la de Judith.

Se la quitó de un tirón y disparó sobre Will cuando estaba tomando puntería.

El Funerario recibió el plomo en la cabeza y se fue hacia atrás.

Volvió a reinar un silencio.

Andy miró con precaución a los dos esbirros. Judith había acabado con ellos metiéndoles plomo en el pecho.

—Andy —oyó a la joven.

Acudió a su lado y le vio un agujero en el estómago.

—¿Me habrías dado la mitad, Andy?

—Claro que sí, nena.

—Al fin hubiese visto convertido mi sueño en realidad.

—¿Cuál era, Judith?

—No depender de nadie... Deseo que encuentres viva a tu mujer.

Andy sintió un escalofrío por la espalda.

—¿Crees que Nyarcos la haya podido matar?

Judith no le pudo contestar porque murió.

Andy atrapó la pistola que estaba más repleta de balas, la guardó en el bolsillo y salió de la casa.

Su automóvil estaba en el mismo lugar en que lo había dejado. Montó en él y poco después se alejaba de allí.

No podía avisar a la policía. Nyarcos no vacilaría en matar a Claudia de encontrarse en peligro. Por otra parte, Judith le había hablado de departamentos secretos en el garaje Minerva. Nyarcos debía contar con una salida de emergencia para un caso de apuro. Aquel trabajo lo tenía que hacer sólo porque era a él a quien importaba más que a nadie la vida de Claudia.

Miró el reloj fosforescente. Eran las cuatro de la madrugada.

CAPÍTULO XII

El número 72 de la calle Hayes era un *bungalow* que estaba envuelto en la oscuridad, lo mismo que el de la calle Leicester.

Pasaban quince minutos de las cuatro de la madrugada cuando Andy estacionó el coche junto al bordillo de la acera.

Cruzó el jardín y subió al porche.

El silencio reinaba a su alrededor.

Alargó la mano y pulsó el timbre.

Transcurrió un minuto. Dos. Al fin la puerta se abrió con un chasquido.

Vio por el resquicio dos ojos que brillaban.

—Culebra a la panameña —dijo Andy.

Los dos ojos lo miraron intensamente.

—Pase —dijo una voz ronca.

Andy entró en la casa. Entonces se encendió una lámpara en el vestíbulo.

Andy vio ante sí un hombre de unos cuarenta y cinco años, de talla media, frente abombada, nariz aguileña y ojos hundidos en las órbitas. Se cubría con un batín de un color gris plomo y tenía las manos en los bolsillos. Uno de ellos, el derecho, abultaba mucho.

—¿Por qué no ha venido Milton?

—Tuvo que hacer en otro sitio.

—En ese caso, Milton debió de elegir a Dorothy para este trabajo.

—Ella está enferma en la cama. Con mucha fiebre.

—Está bien. Pase al *living*.

—Usted primero.

—Soy yo el que mando en mi casa.

Andy dio un suspiro y entró en el *living*.

Sintió a sus espaldas los pasos del hombre.

El tipo de la frente abombada dio la vuelta al conmutador de la luz.

Andy se volvió y vio a su anfitrión con la pistola en la diestra.

—A mí no me la pega, amigo.

—¿Qué le pasa a usted?

—Ya se lo dije antes. Debieron venir Milton o Dorothy.

—No haga tonterías, amigo. Le aseguro que he asumido la representación de ambos. —Quisiera creerlo.

—¿No le di la contraseña?

—Sí, eso es cierto, pero en esta clase de trabajo no basta. Diga algo más acerca del asunto, por ejemplo, quién va detrás de lo que yo debo darle.

—Nyarcos.

—¿Quién más?

—Rex von Salomon.

Su interlocutor dio un suspiro.

—Bueno, amigo. Yo ya recibí el dinero y me obligué a entregar la fórmula. Me ha convencido... Se la daré.

—Así irán las cosas mucho mejor.

El hombre caminó hacia un escritorio del fondo, abrió un cajón y extrajo una cartera de cuero negro.

—Todos los documentos están ahí —dijo, y arrojó la cartera sobre un sillón.

Andy se hizo cargo de la cartera.

—Me voy ya —dijo—. Tengo prisa.

—Espere un momento.

Aquel hombre seguía apuntándole con la pistola y Andy se vio obligado a detenerse en su camino, hacia la puerta.

—Quiero que le transmita un mensaje a Milton.

—¿Qué mensaje?

—Terminé con él. Dígale que me marchó de aquí. Que no haremos otro trato.

—¿Adónde irá?

—No hace falta que lo sepa, pero me retiro del negocio. Quiero pasar el resto de mi vida seguro... Esta profesión es demasiado peligrosa. Dígale a Milton que se busque a otro. Puedo recomendarle a un compañero mío que trabaja en la misma oficina,

pero no le diré a usted su nombre. Dígale a Milton que le escribiré desde alguna parte diciéndole quién puede ser su nueva fuente de conocimientos.

—Muy bien. Repetiré, a Milton cuanto me ha dicho.

—Ahora ya puede marcharse. Y un consejo, apriete a fondo el acelerador.

—¿Cree que su casa está vigilada?

—No, no lo está. Me refería a que quiero cortar cuanto antes los lazos que me unen al pasado. Usted es el último eslabón. Cuanto más pronto se aleje, antes quedaré libre. —Me hago cargo. Hasta la vista, amigo.

El otro soltó un gruñido.

Andy salió de la casa y se encaminó a su automóvil.

Antes de poner el motor en marcha, miró el *bungalow* y lo vio otra vez sumergido en la oscuridad.

A una milla de allí, Andy había visto una estación de servicio con el bar abierto.

Poco después entraba en aquel bar. Había muy pocos clientes, tres camioneros que despachaban café con leche y bollos. El mostrador era atendido por un hombre de piel arrugada.

—Un café —pidió.

Tenía en la mano derecha la cartera de que lo había provisto el hombre de la calle Hayes.

Entró en la cabina telefónica y buscó en la guía el garaje Minerva. Contaba con dos teléfonos. Uno de ellos era particular. Fue el que marcó en el dial.

A la otra parte sonó dos veces la señal antes de que descolgasen.

—¿Sí?

—Quiero hablar con Nyarcos.

—¿Nyarcos...? Qué extraño nombre... Es la primera vez que lo oigo. Debió equivocarse, amigo.

—No, no me equivoqué. Sé que Nyarcos está ahí. Dígale mi nombre y ya verá cómo se lleva una sorpresa. Soy Andy O'Connor.

—Oiga, preguntaré entre mis compañeros de partida de póquer. Algunos de ellos vinieron por primera vez esta noche, pero estoy dispuesto a jurar que ninguno se llama Nyarcos. Espere de todas formas.

—Muy amable.

Transcurrieron sesenta segundos y finalmente Andy oyó la voz del hombre de las gafas oscuras.

—

¿O'Connor?

—¿Qué tal le va, Nyarcos?

—Celebro que continúe con tan buen humor, doctor. ¿Cómo dio conmigo?

—Uno tiene sus relaciones. ¿Cómo está mi mujer?

—Muy bien, pero no le podré decir lo mismo dentro de un rato. Le advertí que se estuviese quieto, y el hecho de que me haya localizado, significa que se movió de un lado a otro.

—Sí, Nyarcos, me moví mucho, pero usted no le hará ningún daño a Claudia.

—Lo dice como si usted pudiese evitarlo. Si ha pensado en llamar a la policía, cometería un grave error. Yo podré escapar de aquí cuando quiera,

O'Connor.

La única persona que no podrá hacerlo será su mujer, porque estará muerta.

—Usted no le podrá hacer ningún daño, Nyarcos, porque va a hacer un negocio conmigo.

—¿Un negocio?

—Sí.

—¿En qué va a consistir?

—Usted me devolverá a mi mujer y yo le daré algo que le interesa mucho.

—¿El qué?

—La fórmula

3-H

2-R.

Hubo una pausa y de pronto Nyarcos se echó a reír.

—Usted es grande, doctor, pero, al mismo tiempo, resulta ingenuo. ¿Cree que me puede engañar? Quiere tanto a su mujer que se ha inventado una historia para hacerme picar.

—No, Nyarcos. Se equivoca. No la inventé.

—Oiga,

O'Connor,

la fórmula

3-H

2-R

estará en mi poder mañana. Yo sólo quería evitar que cayese en manos de mis rivales y eso ya lo conseguí.

—Sí, ya sé que usted no tuvo que ver nada con las muertes de Milton ni con la de Dorothy Gream. Eso hay que cargarlo en la cuenta de la pandilla de Von Salomon. Usted sólo retiró los cadáveres de mi casa porque no quería que la policía interviniese. A propósito de eso, a mi casa llegaron dos falsos policías, un tal teniente Lake y sargento Stone. Eran dos enviados de Von Salomon, que fueron allí para registrar a Milton por si tenía la fórmula encima. Cuando comprobaron que no la llevaba se marcharon. Uno de los hombres de Von Salomon había matado a Milton, pero, al parecer, se limitó a registrarle los bolsillos. Por eso Von Salomon, ordenó un registro más completo. Después de todo, pensó que era fácil engañar a un médico de pueblo.

—Bravo, doctor. Lo está haciendo muy bien. Por lo que dice, parece que ha entrado en contacto con Rex von Salomon.

—Sí.

—No me he equivocado. Usted se ha puesto a actuar por su cuenta. ¿No aprecia el cuello de su mujer...?

—Una pelirroja llamada Judith creyó que yo podía ayudar a Von Salomon y me dio una cita. No puedo contarle minuciosamente lo que allí pasó pero le debe bastar saber que la pandilla de Von Salomon ha quedado muy reducida. Murió Judith, un tipo llamado Will el *Funerario* y un par de gorilas.

—Doctor, usted nos ha salido un matón de primera categoría.

—Quisieron sacarme el mensaje que me transmitió Dorothy antes de morir. No sé si lo consiguieron porque me aplicaron una droga, pero, si fue así, no dieron importancia a mis extrañas palabras. Milton y Dorothy trabajaban juntos. Acordaron una contraseña con el agente que les debía de servir la fórmula. «Culebra a la panameña». Fue lo que dije yo cuando se me abrió cierta puerta y eso me ha servido para que yo sea ahora el amo de la 3-H 2-R.

—No le creo una sola palabra, doctor.

Andy sonrió porque Nyarcos había dicho aquello con rabia.

—Usted está seguro ahora de que le estoy diciendo la verdad, Nyarcos.

—Ese bastardo de Philips Evert quedó en vendérmela a mí.

—Le daré una descripción de Philips Evert y se convencerá de que es el hombre con el que yo he tratado.

—Muy bien.

—Cuarenta y cinco años, frente abombada, nariz aguileña, ojos hundidos...

—Sí, Andy.

—Ahora me cree, ¿verdad, señor Nyarcos?

—¿Dónde tiene la fórmula?

—En mi mano derecha, dentro de una cartera.

—¿Está usted solo?

—Absolutamente.

—¿Dónde?

—En las afueras de St. Paul.

—Muy bien,

O'Connor.

Venga aquí.

—No me decepcione, Nyarcos, ¿o es que también me va a tratar lo mismo que Von Salomon, como a un médico de pueblo?

—¿Qué quiere decir?

—Que las cosas se van a hacer como yo ordene.

—Recuerde que yo tengo a su mujer.

—Y yo la fórmula que valdrá para usted un millón de dólares.

—Está loco. No hay nadie que dé ese dinero por una fórmula.

—La pelirroja de Von Salomon ya había conseguido una oferta de medio millón y ella sólo era una mediadora. Usted es un pez gordo, Nyarcos, el jefe de toda la pandilla. Si mi mujer recibe el menor daño, usted se quedará sin hacer el negocio. ¿Quién establece las normas, Nyarcos?

Andy escuchó la respiración entrecortada del hombre que estaba al otro lado de la línea.

—Corriente,

O'Connor.

Usted manda. ¿Qué es lo que debo hacer?

—Usted y mi mujer saldrán a mi encuentro.

—De acuerdo. Me llevaré a un hombre.

—No, Nyarcos. He dicho usted y mi mujer. Los dos solos.

—Entiendo. ¿Dónde quiere que vayamos?

—Han de tomar la carretera número treinta y salir por ella hacia St. Paul. A ocho millas de la ciudad hay una bifurcación. Deténgase allí en el camino de la derecha y espere a que yo llegue. ¿Ha quedado claro?

—Sí.

—Un consejo, Nyarcos. No lleve ninguna pistola. Quiero que esto sea un trato entre caballeros.

—Yo le daré otro,
O'Connor.

No intente jugármela.

—Ha de estar allí a las cinco, Nyarcos.

—Por favor, no se demore mucho. A las cinco empezará a amanecer y quiero terminar este negocio antes de que empiece el día.

—Correcto, Nyarcos. Hasta luego.

CAPÍTULO XIII

Hacía correr a toda velocidad su automóvil.

Poco después, a la luz de los faros, vio la bifurcación de la carretera comarcal número 30. Estaba desierta.

Introdujo el coche por entre unos árboles, paró el motor y saltó fuera.

Con la cartera en la mano izquierda y la pistola en la derecha se acercó al borde de la carretera y acucillóse.

Consultó su reloj. Faltaban cuatro minutos para las cinco.

De pronto oyó el ruido de un motor a lo lejos. Por la colina que se elevaba en el camino a St. Paul vio aparecer un coche que se acercó rápidamente.

Crujieron los neumáticos cuando el conductor pisó el pedal de freno y el automóvil se detuvo bruscamente.

Andy identificó a su mujer. Era quien conducía.

Se abrieron ambas portezuelas y los dos pasajeros saltaron.

Andy vio a Nyarcos con sus gafas oscuras y a Claudia, que daba la vuelta al motor.

El corazón golpeó en su pecho. Claudia estaba viva y, al parecer, no había sufrido ningún daño.

Entonces se dejó ver.

—Buenas noches, Nyarcos.

Nyarcos se volvió bruscamente llevando la mano al bolsillo.

—No haga eso, Nyarcos —dijo Andy—. Tengo una pistola que le apunta.

—Aquí está su mujer sana y salva... Espero que cumpla.

Claudia echó a correr hacia su esposo.

—Cuidado, nena. No te interpongas entre Nyarcos y yo.

Claudia dio un rodeo.

—Espera un momento, Claudia. He de terminar con Nyarcos.

—Andy, eres todo un héroe —exclamó la joven con orgullo.

Nyarcos emitió una risita.

—Hago más sus palabras, señora

O'Connor.

Tiene un marido muy dinámico. Ahora deme la fórmula, Andy.

Andy le arrojó la cartera y Nyarcos la paró contra su pecho.

—Métase en ese coche y lárguese, Nyarcos.

—Muy bien. Celebro que haya cumplido. Hasta la vista.

Nyarcos se metió en su automóvil y lo puso en marcha. Lo hizo dar la vuelta y regresó por el camino hacia St. Paul.

—¿Qué has hecho, Andy...? Le has dado la fórmula que ellos querían...

—No seas tonta. Sustituí el contenido de la cartera con papeles de periódico. Ahora hemos de correr. ¡Vamos!

La atrapó por la mano y corrieron hacia donde él había dejado el coche.

Se metieron dentro.

En pocos segundos Andy regresó a la carretera.

En seguida apretó a fondo el acelerador dirigiendo el coche por el camino opuesto al que había seguido Nyarcos.

—¿Nos sigue alguien?

—No. —Claudia echó los brazos al cuello de su esposo y empezó a besarle en la boca.

—Eh, nena, que nos estrellamos.

—Me siento la mujer más feliz de la tierra.

—¿Qué tal te fue con tus secuestradores?

—Conquisté a uno de ellos. Es el lugarteniente de Nyarcos, un tipo que se llama Arthur, muy alto, muy rubio...

—Ya estoy cansado de los tipos altos y rubios.

—También era muy guapo.

—No me digas que te propuso fugaros.

—Lo iba a hacer cuando tú interviniste. Menos mal que le ahorré las calabazas... Me habría dado mucha lástima.

—¿Nos sigue alguien?

—No veo faros por la carretera.

—Me extraña mucho que Nyarcos se haya fiado de mí.

—Seguramente ha creído que eres tonto.

De pronto Andy vio a lo lejos los faros de un coche que estaba detenido.

—Creo que ahí tenemos la respuesta, Claudia.

—¿Qué pasa, Andy?

—Nyarcos tuvo en cuenta el lugar donde yo lo había citado. Envió a sus hombres por ese camino. De esa forma nos han atrapado entre dos fuegos. Estoy seguro ahora de que Nyarcos vendrá detrás.

—Oh, Andy, nos matarán.

—Eso no lo dudo... si es que nos atrapan.

—Pero ¿cómo vamos a escapar si no tenemos a mano un helicóptero?

—Mete la mano en el bolsillo derecho de mi chaqueta y maneja la pistola.

—¿Qué he de hacer con ella?

—Disparar a los que estén delante.

—Oh, Andy, puedo matar a alguien.

—Perdona, nena, no recordaba que entre ellos puede estar tu rubio admirador...

—Está bien, dispararé.

—No lo hagas hasta que yo te lo diga.

—Sí, Andy.

—Voy a dar la vuelta. Prefiero enfrentarme con Nyarcos a solas que con los pistoleros de delante. Atención empiezo la maniobra...

Apretó el freno. La carrocería del coche crujió metálicamente y los neumáticos chirriaron.

Andy hizo girar el volante con rapidez.

Por unos momentos pareció que el coche iba a volcar al correr sobre dos ruedas.

Claudia dio un chillido.

—¡Dispara! —dijo Andy.

—No puedo. Tengo que sujetarme con las dos manos para no caerme.

El coche volvió a correr sobre las cuatro ruedas, pero en aquel momento empezaron a sonar los estampidos.

—¡Agáchate, Claudia!

Los cristales saltaron hechos añicos.

Algunas mordieron en la carrocería. Otras se colaron por los

huecos hundiéndose en el tapizado.

Una lluvia de balas cayó sobre ellos.

El parabrisas saltó también en pedazos.

Andy apretó otra vez el pedal del acelerador.

El automóvil fue ganando velocidad y los hombres de Nyarcos dejaron de disparar.

—Eh, Andy —dijo Claudia—. ¡Nos siguen!

—Hemos de llegar a la bifurcación antes que Nyarcos.

El motor rugía con toda su potencia.

De repente, Andy quedó cegado por un resplandor que le llegaba de frente.

—¡Nyarcos! —exclamó Claudia.

—Sí, nena, y él llegará antes que nosotros a la bifurcación.

—Chocaremos con él...

—¡Nyarcos! —exclamó Claudia.

—Yo también, Andy.

—Nena, si nos detenemos me quitarán la fórmula y nos matarán. Sólo queda una solución.

—¿Cuál?

—Lanzaré el coche contra Nyarcos.

—Nos estrellaremos.

—Es justo lo que trataba de explicarte.

—Moriremos, Andy, y somos muy jóvenes.

—Sí, nena, ésa es la triste realidad.

—Oh, Andy, y no tenemos siquiera un heredero.

—¿Te imaginas lo que hubiese pasado si lo hubiésemos tenido?

—Se habría quedado ahora huérfano... Pobrecito mío.

—Nena, lo que yo intento es convertir nuestro coche en una antorcha.

—¿Te refieres a que vamos a morir abrasados?

—No importa cómo se muera.

—Pero, Andy, voy a quedar horriblemente desfigurada... Me sacarán fotografías... Saldré en *Crimen y Amor*... Y estaré hecha un asco.

—No pienses en eso ahora.

—Siempre he estado orgullosa de mi cara y tú también... ¿Qué te ha hecho cambiar? Andy dio un suspiro.

—Nena, llevo conmigo una nueva fórmula de huevos revueltos

con cabeza de buey. —Andy, ese plato debe ser horrible... ¡Huevos y cabeza de buey...!

—Te he hablado con el argot de los espías. Es un cohete con cabeza atómica.

—Dios mío... ¿Cómo puedes ir con eso a esta velocidad? Si chocas estallará... No quedará de nosotros ni el más insignificante trozo...

—Estás muy nerviosa, Claudia. Lo que intento decirte es que la fórmula la tengo yo.

Los dos coches, el que ellos tripulaban y el de Nyarcos, estaban muy cerca uno del otro.

—Nena, abrázame. Quiero morir junto a ti.

—Sí, Andy.

Claudia echó los brazos al cuello de su marido y éste volvió la cabeza besándola en los labios. Pero no dejó de mirar por el rabillo del ojo al coche de Nyarcos que avanzaba hacia ellos.

La catástrofe era inevitable. Aquel camino comarcal sólo tenía cabida para un automóvil. Un segundo más y estarían muertos.

Bien, había cumplido con su deber.

Ovó un crujido. El preludio del impacto.

Pero, de pronto, vio la carretera despejada.

A su espalda oyó un terrible chirrido y luego una explosión.

Miró atrás y vio al coche de Nyarcos dando vueltas, envuelto en llamas, estrellándose contra los árboles que había a la derecha del camino.

Claudia seguía pegada a él, los ojos cerrados.

—¿Estamos ya en el cielo, Andy?

—No, nena. Todavía en la tierra. Al parecer, Nyarcos tenía más apego a la vida que nosotros y eso le ha costado la muerte.

El coche que los perseguía continuaba tras ellos y poco a poco iba aminorando la distancia que los separaba.

—Nena, ¿tienes ahí la pistola?

—La dejé caer a mis pies.

—Creo que ha llegado el momento de que la utilicemos.

Claudia dejó de abrazar el cuello de su esposo y alcanzó el arma.

—Escucha bien, Claudia. Vas a ocupar mi lugar en el volante.

—¿Para qué? Tú conduces mejor que yo. No he pasado nunca de setenta por hora y ahora el automóvil se ha convertido en un

bólido.

—Sólo existe una solución para nosotros antes de que se acerquen más.

—¿Cuál?

—Quiero reventar uno de los neumáticos del coche. Vamos, date prisa.

La joven pasó por encima de su esposo y él se deslizó en sentido contrario.

Andy atrapó la pistola de la mano de Claudia y ésta se ocupó del volante.

—Andy, el camino es muy estrecho. Deja que frene un poco.

—No puedes hacerlo. Se nos echarán encima.

Andy se volvió. La ventanilla trasera estaba hecha pedazos.

A lo lejos vio el coche de los pistoleros.

Saltó del asiento delantero al posterior.

En aquel momento dispararon una metralleta.

Las balas chocaron contra la carrocería, pero esta vez ninguna se coló por el hueco.

—¡Una curva, Andy! —gritó Claudia—. ¡Tengo que frenar!

Lo hizo al mismo tiempo que hablaba y otra vez el automóvil se puso a crujir.

Andy se abocó sobre la ventanilla trasera. Podían matarlo, pero debía correr el riesgo. Apuntó al coche que se acercaba y se puso a disparar.

De pronto, una de las ruedas delanteras, la de la derecha, estalló.

El automóvil tripulado por los hombres de Nyarcos empezó a zigzaguear por la carretera.

Durante unos segundos pareció que el hombre que conducía al volante lograría mantener el equilibrio del coche, pero éste salió de la carretera y chocó de frente contra un árbol. El motor estalló, como había ocurrido antes con el automóvil de Nyarcos, y las llamas prendieron rápidamente en el vehículo. Claudia siguió apretando el pedal del freno. Andy saltó por la portezuela con la pistola en la mano. Corrió hacia el lugar donde se encontraba el coche siniestrado. Una de las portezuelas se abrió y un hombre salió envuelto en llamas y se desplomó quedando inmóvil.

Claudia llegó al lado de su esposo y éste la rodeó con sus brazos.

—Han muerto todos —dijo.

* * *

Andrew Leder, un alto cargo del FBI, estrechó la mano de Andy.

—Señor

O'Connor,

ha prestado un gran servicio a nuestro país. Nuestro jefe no ha podido felicitarle personalmente porque se encuentra en Europa pero hablé con él telefónicamente hace media hora y me encargó le transmitiese sus saludos.

—Gracias, señor Leder.

—Como final a su trabajo, debo anunciarles que dos de nuestros hombres han detenido a Philips Evert, en Detroit. Se encontraba en un hotel de tercera categoría dedicado a la operación de teñirse el cabello. También hemos detenido a Rex Von Salomon. Resultó fácil hacerlo cantar. Por encima de él había otro hombre mucho más importante, un diplomático. Pero ese tipo ha hecho valer su inmunidad. No tendremos más remedio que conformarnos con arrojarlo del país.

Andy tenía los ojos abotargados. Se había pasado dos horas en la oficina del FBI haciendo su declaración.

—Disculpe, señor Leder, pero me gustaría dormir un poco.

—Desde luego, doctor

O'Connor,

lamento mucho haberlo obligado a permanecer aquí pero usted ya sabe cómo son estas cosas.

—Me hago cargo, señor Leder.

El hombre del FBI acompañó a Andy hasta la puerta.

Andy se detuvo.

—Una pregunta, señor Leder, Franklin Milton tenía tatuada en el pie izquierdo una marca,

G-314,

¿sabe qué significa eso?

—Desde luego, El verdadero nombre de Franklin era Sergio Andrick, un croata. Estuvo prisionero durante la guerra. Esa marca se la hicieron en el campo de concentración, por tanto, no tenía nada que ver con la profesión que después abrazó. Espía

internacional al servicio del mejor postor.

EPÍLOGO

—Oh, Andy, tú éxito en ese congreso ha sido maravilloso... Montreal... Ya tengo ganas de estar allí.

Andy abrazó a su mujer.

Se encontraban en su casa, en el diván.

Claudia y Andy se besaron.

En ese momento sonó la campanilla del teléfono.

Andy alargó la mano y acercó el auricular a la oreja.

—¿Sí?

—Hola, muchacho —dijo la voz de Stanley—. ¿Has recuperado ya el juicio?

—¿Por qué dices eso, Stanley?

—Infiernos, ¿te atreves a preguntarlo? Te llegaste aquí por un pico y una pala... tuviste un lío con una rubia y apuesto a que pasaron otras cosas.

—No, Stanley. Te equivocas. No ocurrió nada.

—Lo celebro por vosotros dos.

Andy colgó.

En aquel momento sonó el timbre.

—Adelante —dijo Andy.

—Buenos días a todos dijo Dell entrando en el *living*.

Andy volvió la cabeza.

—Hola, Dell.

—Doctor, quisiera preguntarle algo.

—¿Le duele algo?

—Es por lo que vi.

—¿Qué viste?

—Una muerta aquí, otro muerto allá...

—Está bien, Dell. Ya sabes dónde está la medicina.

—Gracias, doctor. Usted es todo un tipo recetando.

Dell se dirigió hacia la cocina.

Andy y Claudia se continuaron besando mientras oían el gorgoteo de la botella de *whisky* que manejaba Dell Mille.

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).